

## FRITZ GRAEBNER Y EL MÉTODO ETNOLÓGICO

POR FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

## I

## EL HOMBRE Y SU OBRA

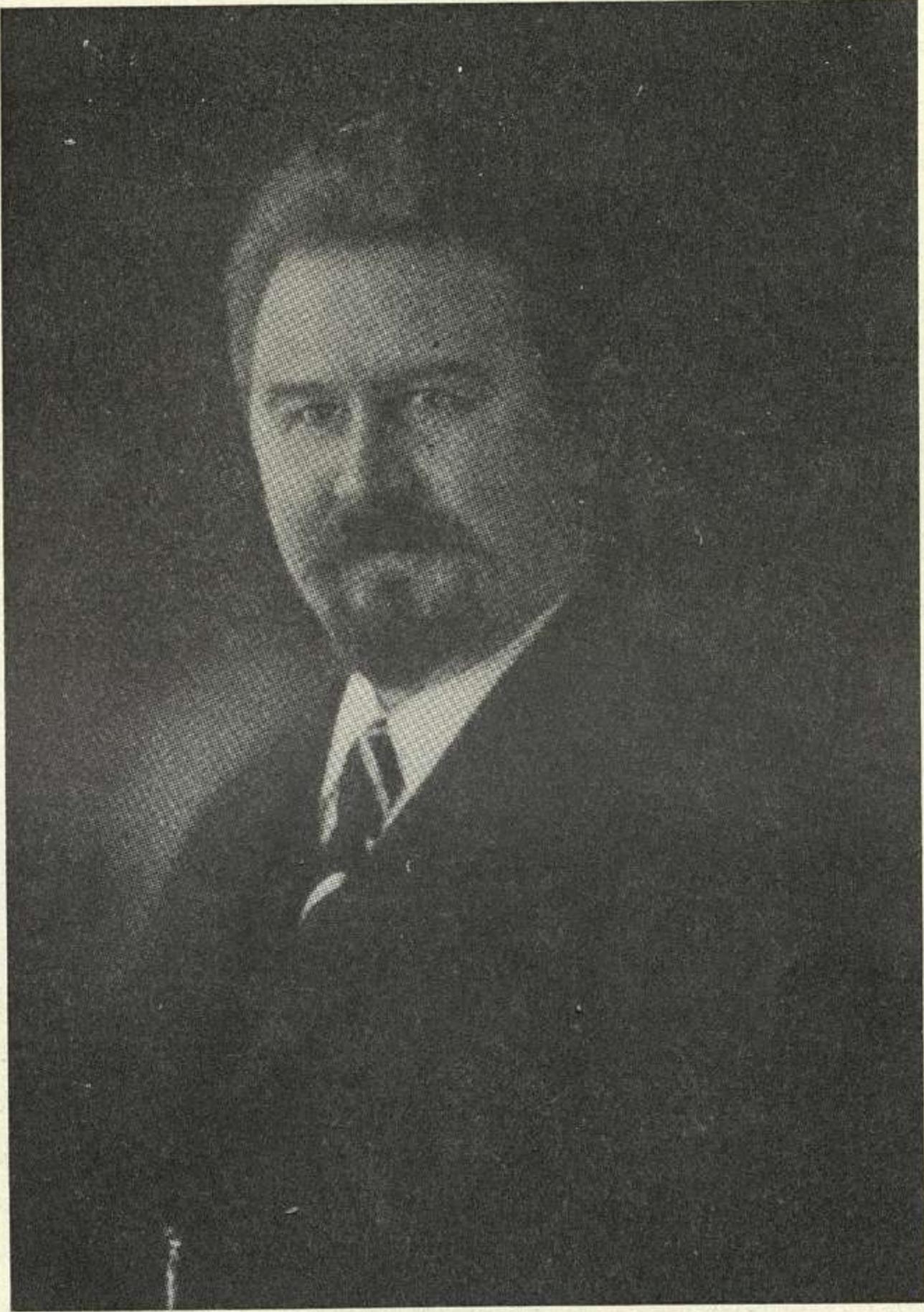
Fritz Graebner, que ya no vive, nació en Berlín el 4 de marzo de 1877<sup>1</sup>. Inició sus estudios asistiendo al Domgymnasium, de Kolberg, al que concurrió de los 7 a los 10 años de edad. Pasó luego al Gymnasium Grau Kloster, en el que actuó ocho años, realizando sus estudios secundarios. En 1895 se inscribió en la Universidad de Berlín, frecuentando sus aulas sabientes, así como las de la Universidad de Marburgo, durante los catorce años que duró su actuación intermitente de universitario estudioso. Como era costumbre por esos años de fines del siglo pasado y comienzos del presente (1895-1909), Graebner siguió a los profesores cuyas enseñanzas le atraían, durante largo tiempo; acaso sin un plan ni una vocación muy precisos, demorando en esos años juveniles su examen final de doctor. Se sentía atraído por la historia y, dentro de ella, por los siglos plenos de vida exaltada y sombría, grandiosa y entenebrecida en el recuerdo de los hombres, que es la historia medioeval. Es así como debutó en las letras de su patria con un

<sup>1</sup> El padre Schmidt, fuerte puntal de la « escuela histórico-cultural » señala (en su famoso *Porträt*, luego citado repetidamente en el transcurso de este estudio), que la fecha del nacimiento es el día 3. Sin embargo, todas las demás fuentes coinciden en señalar el 4.

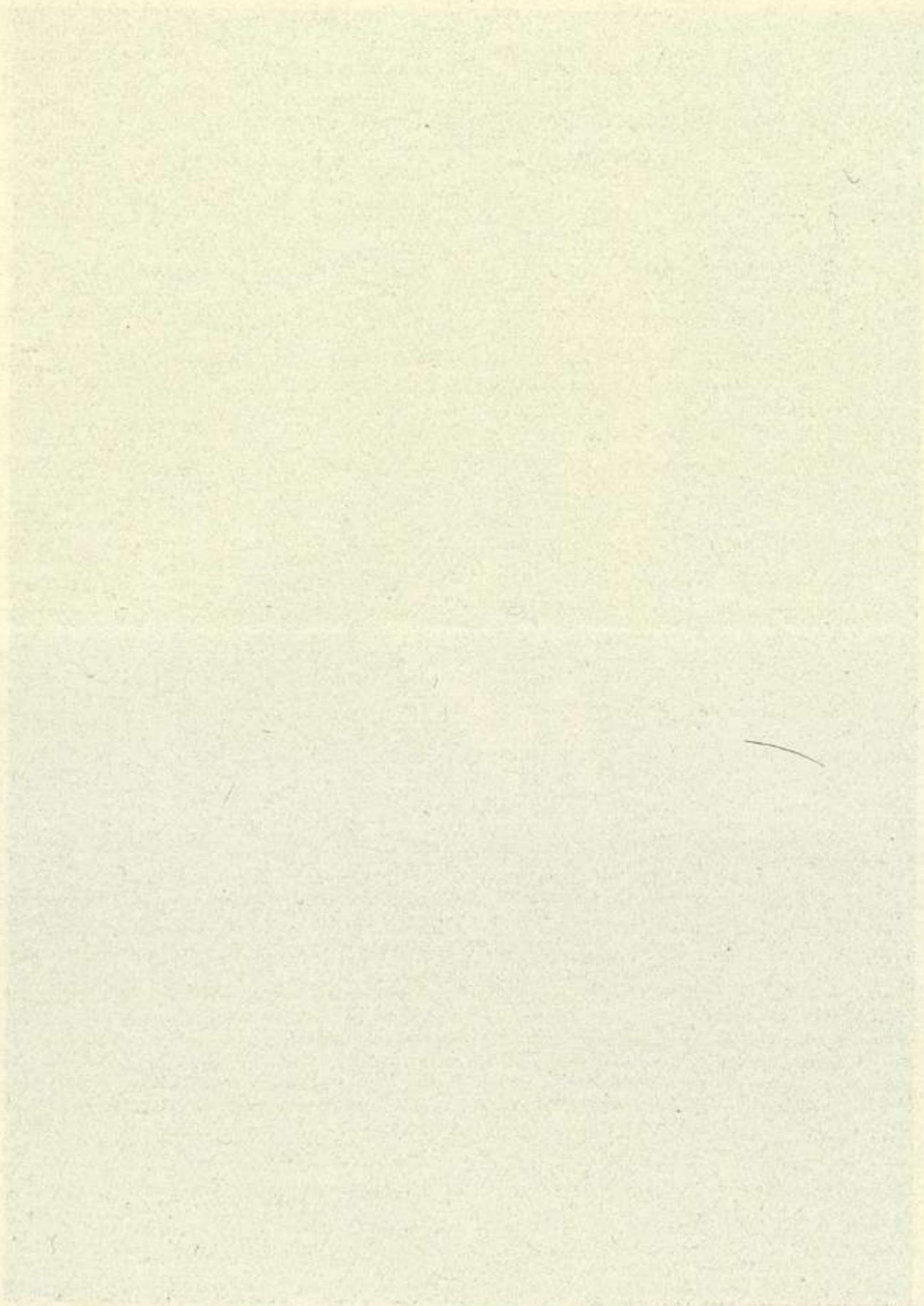
estudio acerca de *La política de Bohemia desde la muerte de Otto Karl II hasta la extinción los Premysliden*, obra que es de 1901-1903.

Esta curiosidad por la historia le llevó, sin duda alguna, a los museos. En Berlín pudo frecuentar algunos de los más importantes y reputados de Europa. En el Egipto debió de apreciar la extraordinaria capacidad modelística del anónimo autor de la desnuda imagen de la reina Nofretete, de rasgos tan peculiares y tan únicos dentro de esta antiquísima estatuaria; en el Kaiser Friedrich la deliciosa cabecita de estuco pintado, que Desiderio da Settignano modeló allá por el 1460, y la no menos pulcrísima, en mármol, que Francesco Laurana terminó dos lustros más tarde, obras ambas profanas que contrastan con algunas no menores muestras del arte religioso, a la manera de la tres siglos más moderna María Magdalena, de Egidius Verhelst, que allí se exhibe con el estigma de la amargura en las comisuras decaídas de la boca. El estudioso medioevalista debió de saborear más de una vez el arte ornamentado y preciso de Alberto Durer o los claro-oscuros de Rembrandt, en el Gabinete de Estampas, pero fueron otros tres Museos berlineses los que le acercaron, más que aquéllos, a los pueblos primitivos sumidos en el polvo del olvido. En el Altes Museum, Graebner se halló frente a las civilizaciones primitivas de la Grecia— ¡cuán lejos, todavía, de la época perfecta de Fidias y Praxíteles! — con sus ídolos de modelado incipiente, de formas abstractas y desproporcionadas, firmemente plantados en su rigidez y su angulosidad. En el Antiquarium, ratificó sus conocimientos de las viejas civilizaciones aurorales griegas. En el Museum für Völkerkunde, con las huellas de las civilizaciones primitivas del África occidental, con las cabezas rotundas de Benin, advirtió la vastedad de ese campo, por entonces casi virgen, que era el estudio de aquellos pueblos sin historia, estudio en el que Frobenius y Ankermann serían sus iniciadores.

Fué inútil el prestigio medioeval de Marburgo, con su Elisabethkirche anterior al 1400. Graebner fué despegándose de aquellos estudios históricos de su anterior predilección para recaer, cada vez más intensamente, en el de los conglomerados humanos que la



FRITZ GRAEBNER



etnografía examina. Su estada en Colonia marca el momento de total incorporación a este nuevo género de actividades. De los dos grandes museos de aquella ciudad — el Rautenstrauch-Joest y el Wallraft-Richartz — Graebner frecuentó particularmente el primero, entrando a colaborar, en él, con el profesor Foy, prologuista precisamente de la edición alemana de la obra que ahora aparece en español.

Para entonces ya tenía algunos antecedentes museológicos. El 1º de abril de 1899 había sido agregado al servicio del Museum für Völkerkunde, de Berlín. De suerte que, cuando al año siguiente fué enviado por un año al Rautenstrauch-Joest, de Colonia, su designación pareció perfectamente propicia a la realización de su carrera de etnólogo. Bajo las órdenes de Foy participó en esas labores de reorganización interna de aquel Museo, labores que dieron lugar a que esta institución adquiriera toda su importancia. Foy ha presentado, en varios volúmenes, la guía erudita de esas magníficas colecciones. La colaboración de Graebner debió de parecerle valiosa, pues el 1º de abril de 1904 éste quedó definitivamente incorporado al personal técnico del Museo.

De la primera época de su carrera de etnólogo son dos de sus trabajos fundamentales, que él mismo cita con frecuencia en el desarrollo de la obra que hoy edita la Universidad de La Plata, y en los cuales, gradualmente, se van anotando las ideas que forman la base de su método histórico-cultural. Su *Teoría de los estratos y de los ciclos culturales*, publicada, en 1905, en el *Zeitschrift für Ethnologie*, es ampliada, en 1909, con la sistematización de aquellas ideas, en *La cultura melanesia del arco*, que aparece en el tomo IV de *Anthropos*, revista etnológica de la que, como del *Zeitschrift* antes citado, Graebner es censor.

Ambas obras, y el carácter inflexible y enérgico con que planteó sus doctrinas, así como la causticidad con que criticó a quienes no las compartían, otorgó a nuestro autor una amplia reputación. Su talento, su tenacidad y su ortodoxia, le han llevado, pronto, a ser jefe de escuela. Hoy, una pléyade de etnólogos, etnógrafos y otros cultores de las «ciencias del hombre» siguen sus dictados y las reglas de su método.

En 1911, completó su carrera oficial de etnólogo, licenciándose en esa disciplina, y dedicando a ella el resto de su vida.

Su capacidad de trabajo fué también notable. Desde 1921 era profesor en la Universidad de Bonn. Desde esa fecha — y aparte de la multitud de folletos o artículos que van jalonando sus años laboriosos — ha publicado una *Etnología*, en 1923, y *El mundo del hombre primitivo*, en 1924. Cada nueva producción suya promovió discusiones apasionadas, ya que él mismo no pospuso oportunidad de criticar toda producción que no se ajustara a sus normas metodológicas. En 1926 fué designado profesor en la Universidad de Colonia y, al enfermar Foy, le sucedió en la dirección de aquel Museo.

Sus publicaciones han sido mencionadas copiosamente en la bibliografía etnológica mundial y una de ellas, *El mundo del hombre primitivo*, figura, ya traducida al español, en la serie de obras extranjeras editadas por *La Revista de Occidente*.

Un final desesperante y terrible esperaba, sin embargo, a este trabajo esforzado, a este vencedor, que parecía dotado de todas las armas para ser considerado invencible. Una enfermedad misteriosa cuyo imperio, etiología y terapéutica escapaba a la ciencia, hizo presa en él. Su robustez física inicial no bastó para salvarlo. En poco tiempo el mal arrasó con todas sus reservas vitales y Graebner entró en un mundo de sombras aún antes de abandonar este mundo físico. Su muerte intelectual y espiritual precedió, por largo, penosísimo lapso, a su muerte completa, al extremo de que quienes le querían debieron regocijarse de su deceso como de una anhelada liberación.

Para colmo de males, la enfermedad de Graebner se presentó a muy poco tiempo de haber enfermado Foy, en forma análoga. Un destino aciago tronchaba, en plena madurez, esas dos existencias fecundas, reduciéndolas a la inactividad y al silencio antes de silenciarlas definitivamente con la muerte. De este modo desdichado se malograron las dos más fuertes columnas de la rama alemana de la « escuela histórico-cultural », comenzando el auge, definitivo hasta nuestros días, de la rama austriaca. Así terminó Graebner : como una lejana sombra de si mismo, del Graebner de la buena época.

Su influencia en el mundo de los cultores de las « ciencias del hombre » fué harto considerable. Censor, no sólo de las dos revistas científicas aludidas, sino también de *Globus*, *Ethnologica* y *Petermanns Mitteilungen*, era además miembro muy principal de la Sociedad de Antropología de Berlín y de la Sociedad del Rin para investigaciones científicas. Pero, aparte de esas posiciones oficiales, inseparables del hombre de ciencia que ha ido desenvolviendo normalmente su carrera en uno de los más altos centros cultos del mundo, era en sí una personalidad brillante y original y uno de los investigadores a quienes debe más la coordinación y el ensamblamiento de los datos, hasta ha poco dispersos y aparentemente incoherentes, de la etnología.

## II

### LOS LÍMITES DE LA ETNOLOGÍA

Los límites mismos de la etnología, como ciencia, no están definitivamente consolidados. Según las épocas, pueden advertirse fluctuaciones, a veces considerables, en el desarrollo del concepto de su contenido. Como ocurre con todas las disciplinas, y particularmente con aquellas que no logran, desde el primer momento, definir sus propósitos esenciales y su radio de acción, la etnología ha caído, por momentos, en la tentación de invadir esferas del conocimiento que pertenecen a otras disciplinas. Esta tentación, que reposa en el laudable deseo de anexar al núcleo originario problemas conexos, se veía facilitada por la existencia natural de frecuentes *no man's lands*, así como en demasías de los cultores de esas otras disciplinas que, con un concepto análogamente ambicioso de los límites de su propia ciencia, pretendían afectar a ella los campos colaterales ya ocupados <sup>1</sup>. Esto creaba la nece-

<sup>1</sup> Quizás sea buen motivo de ello el hecho de que el primer colector, sistematizador de los datos de la antropología y de la etnología, los haya agrupado, en su obra fundamental, bajo el nombre de la primera: FRANZ THEODOR WAITZ, *Anthropologie der Naturvölker*, Leipzig, 1859-1872. Terminada por su discípulo G. Gerland. Hay una segunda edición, que empezó a publicarse en 1877.

sidad de una defensa de las « fronteras » que, como toda defensa, y siguiendo la conocida regla táctica, era frecuente que se tradujera, de hecho, en el ataque.

De ahí que, en determinados momentos, la etnología haya pretendido absorber a la antropología (sin perdonar a ésta ni siquiera el dominio indiscutible sobre los problemas somatológicos o de estudio físico del hombre), o a la etnografía (disciplina puramente descriptiva de *un* grupo social determinado). En realidad y sin invadir predios ajenos, la etnología posee, en el estudio comparativo de los pueblos y de sus manifestaciones de cultura, un área de expansión natural y que basta para colmar la vida de cualquier estudioso. La antropología, la « historia natural o física del hombre », como se decía hasta mediados del siglo pasado <sup>1</sup>, podrá aportarle algún dato de correlación y hasta — y a ese título — ayudarle a observar si coincide el desenvolvimiento y expansión de las razas humanas, sobre territorios determinados, con la posesión de ciertos elementos de cultura, pero, en realidad, su papel, para el etnógrafo, sólo podrá ser el de disciplina auxiliar.

Por esa misma época de mediados del siglo, ya se comenzaba a diseñar netamente, frente a la antropología física, el estudio del hombre en las manifestaciones de cultura en colectividad <sup>2</sup>. Pero, con todo, es fácil advertir en numerosos casos, de los que sólo daré aquí algunos ejemplos, la falta de una regla absolutamente segura respecto de la denominación legítima de una y otra disciplina. Taylor, en 1881, daba el nombre de *Antropología* a su libro sobre el desenvolvimiento de la civilización, en tanto que Keane, en 1896, denominaba *Etnología* al suyo, en el que hacía un examen antropológico *in strictu sensu* de las razas humanas cuyos caracteres somáticos estudiaba. Es uno de los grandes méritos de Federico Müller y de Adolph Bastian, en Alemania, así como de Topinard, en Francia, el haber puesto de manifiesto la necesidad de separar el campo de la etnología del de la antropología: la primera, cien-

<sup>1</sup> JAMES COWLES PRICHARD, *Researches into the physical history of Mankind*, 1808 (la 3ª ed. es de 1837-1847); J. G. WOOD, *The natural history of Man*, 1868.

<sup>2</sup> H. KLEMM, *Allgemeine Kulturgeschichte der Menschheit*, 1843.

cia histórico-moral, queda, por tanto, fuera del dominio de la segunda, ciencia natural, aunque haya quienes aún lo sostengan *latu sensu*, manteniendo la vieja modalidad « imperialista ». Estos errores de denominación perviven, sin embargo, aún, y se hacen notorios en obras contemporáneas, alguna de ellas de autor norteamericano que agrega el adjetivo *cultural* al sustantivo *antropología*, para calificar el contenido de su obra que es, en verdad, de etnología <sup>1</sup>.

Todos estos hechos demuestran, pues, que a pesar del impulso creciente de los constructores de la etnología — de algunos de los cuales trataremos en el capítulo subsiguiente — los límites estrictos de esta importante disciplina están aún fijados con hitos provisorios. Ciencia en formación como casi ninguna otra, ciencia de nuestro siglo <sup>2</sup>, la etnografía ha pasado por rachas sucesivas de humildad y de gigantismo hasta llegar a los momentos actuales en los que aspira, ya con justos títulos, a su consolidación final.

Según uno de los fundadores de la escuela histórico-cultural, la etnología tiene una misión final a la que apenas hoy se entrevee. No sólo debe estudiar la yuxtaposición espacial exacta de los medios de cultura, de sus creaciones y de sus humanos creadores, así como la *sucesión*, igualmente exacta de los acontecimientos culturales, y su cronología, traducidas en ondas y capas de cultura, sino que su radio de acción es mucho mayor: « abarca como última y más alta meta la profunda comprensión de los procesos causales que tienden a la *separación*, y al *enlace* final; el sentido

<sup>1</sup> ROBERT LOWIE, *Manuel d'anthropologie culturelle*, en la *Bibliothèque scientifique*, Paris, 1936.

<sup>2</sup> DR. IMBELLONI, *Epítome de culturología*, Biblioteca *Humanior*, I, sección A, 43. Buenos Aires, s. d. Ya en 1924 exponía Ortega y Gasset, caja de resonancia de todas las ideas científico-literarias del Viejo Continente: « es característico de la hora actual la atracción que siente el europeo por las épocas humanas más remotas o las civilizaciones más distantes ». Y terminaba su párrafo con estas palabras que hoy gozan de una triste capacidad de profecía: « La prehistoria horada por todas partes el planeta, y se siguen sus exploraciones con más ilusión que los debates de la Sociedad de las Naciones ». JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Las Atlántidas*, suplemento núm. 2 a la *Revista de Occidente*, IX-X, Madrid, 1924.

de los objetos y acontecimientos culturales que les han dado los sujetos en acción, es decir, los hombres como individuos y grupos; y más allá aún, la comprensión del sentido más profundo y de las conexiones causales de todo acontecer cultural en general que no pueden salir de toda la humanidad sola. Y las metas mencionadas anteriormente no han de prestar sino servicios provisionales para alcanzar la última meta que acabamos de esbozar »<sup>1</sup>. Este escalonamiento gradual de finalidades concede a la ciencia etnológica una amplitud indefinida de horizontes y muestra, al propio tiempo que su incipiente desarrollo actual — magnífico, sin embargo, para su corta vida que no alcanza a franquear los cuatro decenios — sus extraordinarias posibilidades futuras.

### III

#### BREVE RESEÑA DE LA FORMACIÓN DE LA ESCUELA

Como queda insinuado precedentemente, los estudios relativos a la conducta de los pueblos primitivos cobran un especial impulso con Adolf Bastian, médico y discípulo de Herbart, como Lazarus y Steinthal, fundadores de la *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, que tan relevantes servicios prestó para la investigación de la psicología colectiva y para la acumulación de datos referentés a la lingüística.

Justamente de Herbart tomó Bastian — así como de su propia y personal condición de médico — un acercamiento a los métodos y a los conocimientos de las ciencias naturales, en tanto que de los nombrados directores del *Zeitschrift* la certidumbre de la existencia de un alma social o colectiva, distinta de la reunión de las

<sup>1</sup> WILHELM SCHMIDT (con contribuciones de WILHELM KOPPERS), *Manual del método de la etnología histórico-cultural* (traducción manuscrita al español de Federico Schwab), *Introducción. Naturaleza, objeto y método de la etnología*. 5, *La escuela histórico-cultural*, frase final (Ejemplar existente en la Biblioteca de la Universidad de San Marcos, de Lima, Perú). La edición alemana, impresa en Münster (Westfalia) es de 1937. La traducción del señor Schwab fué terminada en 1940.

almas individuales de sus componentes, que se exteriorizaba por medio de productos sociales que se llaman la costumbre (y su sistematización punitiva : el derecho), la organización social (y su superfetación estatal), la fe (y su jerarquización, creadora de la iglesia).

Todas ellas partían de los *Elementargedanken* (ideas elementales o pensamiento elemental) que, según Bastian, debían ser iguales o comunes en todos los agregados sociales, dada la igualdad que es la esencia de toda la estructura psíquica. Su teoría se basaba en un supuesto apriorístico : la constancia psicológica del hombre.

En 1898 el barón Fernando von Adrian sostenía en la Sociedad Antropológica Alemana estas ideas de Bastian, concluyendo que las particularidades psíquicas de los pueblos y sus condiciones externas explican los *pensamientos étnicos*.

En realidad, si bien idealista, Bastian no está fuera de la realidad : admite la existencia de « provincias geográficas » que están condicionadas por los factores del clima, de la fauna y de la flora. Hasta llega a admitir la importancia que han tenido las migraciones en el desarrollo de la vida primitiva, aun cuando atenúe considerablemente la importancia de ese hecho al proclamar que todas las vías de comunicación han sido dictadas por la naturaleza. No admite que el hombre primitivo haya tenido impulsos psíquicos que le hayan llevado a ponerse en movimiento. Naturalmente, ésto le cierra el horizonte. Su espiritualismo está tintado de positivismo, aunque no sea un materialista grosero. En realidad, como hace notar el Padre Schmidt, en Bastian, hay que « señalar su papel como intermediario de un compromiso peculiar entre el idealismo y el materialismo que llegó a tener importancia para la etnología de entonces, porque trató de crear un método adecuado igualmente para ésta ».

Puede decirse que el método histórico-cultural nace « en las maravillosas anticipaciones de Federico Ratzel (1887) sobre el parentesco y el origen único de las invenciones análogas difundidas en la superficie de la tierra <sup>1</sup>. Pero por el método psicológico, que él postula, sólo son explicables pocos y sencillos elementos

<sup>1</sup> IMBELLONI, *Epítome de culturología*, 39.

culturales. Los demás, de mayor complicación y complejidad, escapan a su conocimiento, ya que irradian de pocos focos y se extienden por migraciones de pueblo a pueblo. En este sentido es particularmente importante su influencia, pues crea el criterio dinámico de circulación de los hombres y de su acción como portadores de culturas, aunque no lo llevó a sus últimas consecuencias. Sin embargo, es a Ratzel a quien debemos una primera incitación para cambiar el sentido de los hallazgos geográficos en secuencias de tiempo.

El razonamiento era simple, elemental: en cada territorio hay un cierto número de elementos culturales comunes a todos los pueblos, formando un « círculo cultural ». Otro tanto ocurre en cada uno de los territorios vecinos. Esto es prueba del « parentesco cultural » de todos estos territorios. Pero uno de ellos debe haber sido más antiguo que los otros; de ahí la necesidad de una *estratificación* en el tiempo, de una cronología. Luego, debe de reconocerse la existencia de culturas primitivas, primarias y secundarias. Para reconocer su existencia, Ratzel emplea el criterio de forma (por ejemplo, en lo que se refiere al armamento). Con ello impugna, en parte, a Bastian; lo ha mantenido sólo para elementos simples, entendiendo que si éstos son más complejos, se destruye la posibilidad de tal empleo.

Ratzel sostuvo también, que la historia no depende exclusivamente de las fuentes escritas, y no hay duda de que el estudio de la historia de los pueblos primitivos tiene que hacerse, las más de las veces, con prescindencia de las fuentes o condicionándolas a los datos de la arqueología.

En verdad es Frobenius quien comienza a utilizar el concepto de los *Kulturkreise*, partiendo, para el conjunto de sus ideas etnológicas, de Ratzel. El recogió las ideas de aquél y, desarrollándolas, extrajo de ellas sus últimas consecuencias. Frobenius intuye las posibilidades del África antes de ir al Continente negro; toda su vida va a ser luego utilizada en el estudio de esas culturas africanas. Por vez primera lo hace con la ayuda de bases filosóficas metódicas, con el empleo sistemático y alternativo del criterio de forma y del criterio de cantidad. Partiendo, pues, de las

primeras conexiones culturales, ya señaladas por Ratzel, intentó un reaceramiento de las culturas africanas y oceánicas. Todo su método nace de la búsqueda de esas relaciones.

En primer término, fué el más grande africanista de su tiempo y a él se debe el señalamiento de la existencia de las áreas de cultura afrooccidental. La primitiva labor de su predecesor metodológico había sido comparativamente pequeña; la intervención de Frobenius «hubo de reforzar poderosamente la demostración llevada a cabo por Ratzel, por el poder del volumen»<sup>1</sup>. Y en tres obras, la una teórica<sup>2</sup>, las otras prácticas<sup>3</sup>, señaladas por Graebner<sup>4</sup>, nos da, al par que la prueba del origen ratzeliano de sus ideas, la del desenvolvimiento vigoroso que de ellas ha hecho su erudición y capacidad personal.

Debemos, también, a Frobenius, la introducción en la etnología del criterio cartográfico. Él construyó un mapa para cada elemento, buscándolo dentro de grandes zonas territoriales. Sus mapas etnológicos muestran el empleo del sistema de agrupación de los elementos patrimoniales análogos, de la misma manera que otros muestran los elementos que significan diferencias culturales. Pero le faltó intensificar el estudio de las aculturaciones. Sus mapas contienen los elementos análogos y los elementos homólogos. Nordenskiöld ha trasladado, luego, este método cartográfico al escenario americano.

En 1903, Pablo Ehrenreich sentó los principios de la *correlación* (cuando un fenómeno condiciona un complejo de otros) y de la *convergencia* (cuando distintos pueblos, independientes unos de

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), en *Biblioteca Teoría*, VIII, 153, Buenos Aires, 1940 (con prólogo de Fernando Márquez Miranda).

<sup>2</sup> LEO FROBENIUS, *Die naturwissenschaftliche Kulturlehre*, en *Allgemeinverständliche naturwissenschaftlichen Abhandlungen*, 20, 1899.

<sup>3</sup> LEO FROBENIUS, *Der Ursprung der afrikanischen Kulturen*, 1898; L. FROBENIUS, *Die Kulturformen Ozeaniens*, en *Petermanns Mitteilungen*, n° 46, 204-215, 234-238 y 262-271, Gotha, 1900.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata, 151, nota 21).

otros, y en determinadas circunstancias externas, producen cosas iguales o semejantes). Esta última clase de fenómenos fué estudiada por Ehrenreich con Jorge Thilenius y Félix Luschan. Por su parte Adrian ya había señalado la presencia de estos últimos fenómenos sociales, pero calificándolos como *paralelismo*.

En ese mismo año Steinmetz, en sus estudios de etnología social, postula la multiplicidad de los fenómenos y la consideración *estática* y *dinámica* de los problemas de la sociología. (Es también el padre Schmidt quien ha analizado, últimamente, las relaciones entre la etnología y otras ramas afines del saber humano, que pueden ser sus « ciencias auxiliares », aunque sin mencionar entre ellas a la sociología <sup>1</sup>.)

Lamentablemente, el esfuerzo que Frobenius había puesto de manifiesto en el deseo de ampliar las teorías de Ratzel y en organizar su idea acerca de los « centros culturales » fué abandonado, en otros trabajos, por él, para recaer en el evolucionismo imperante en el dominio de las ciencias naturales. Como dijo el padre Schmidt: « La bandera que Frobenius había dejado caer fué levantada nuevamente por Graebner y Ankermann en 1904 y ganó camino a partir de entonces, desde el punto de vista metodológico y de la experiencia práctica » <sup>2</sup>. La « escuela histórico-cultural » comenzaba trabajosamente a formarse.

En 1911 — es decir, en el mismo año de la aparición de la edición *princeps* de *Metodología etnológica* — Bernardo Ankermann metodiza su « teoría de los ciclos culturales ». Trátase de un método sencillísimo en la teoría, pero difícilísimo en la práctica. Esas dificultades han sido expuestas por Martín Haberlandt. En realidad — y como queda dicho en otra parte de este estudio — Graebner venía expresando estos principios desde 1904 <sup>3</sup> y Ankermann

<sup>1</sup> SCHMIDT (con contribuciones por KOPPERS), *Manual del método de la etnología histórico-cultural*, traducción directa del alemán, manuscrito en la Biblioteca de San Marcos, de Lima. Ver el cap. VII, *El método etnológico y sus ciencias auxiliares*.

<sup>2</sup> P. W. SCHMIDT, *Die Kulturhistorische Methode in der Ethnologie*, en *Anthropos*, VI, 1026, Mödling-bei Wein, 1911.

<sup>3</sup> F[RITZ] GRÄBNER, *Kulturkreise und Kulturschichten in Ozeanien*, en *Zeitschrift für Ethnologie*, XXXVII, 28-53, Berlín, 1905.

hacia lo propio desde idéntica fecha <sup>1</sup>, aunque extendiendo al mundo primitivo africano los conceptos que Graebner formulara con respecto a Oceanía. La perfecta contemporaneidad y el igual sentido metodológico de ambos trabajos encuentra su expresión en la secuencia en las páginas de la misma revista erudita y en la casi identidad de título <sup>2</sup>. Por otra parte, W. Foy, que debía ser luego entusiasta prologuista de la edición alemana de la *Metodología etnológica* de Graebner, trabajaba en lo mismo desde 1906; aplicándose, como aquél, al estudio de los pueblos oceánicos. Algunas de las denominaciones de sus ciclos culturales — totemista, de dos clases, del arco — han quedado como clásicas y son hoy casi universalmente aceptadas.

El padre Schmidt, al realizar su estudio sobre los pigmeos-pigmoides, propuso la alteración del orden de los seis grandes ciclos culturales sustentados por aquellos autores, considerando a estos pueblos como los más primitivos, lo que, forzosamente, tenía que alterar dicho orden <sup>3</sup>. W. Koppers, continuador del padre Schmidt, y colaborador de éste en algunas de sus obras, propuso más tarde

<sup>1</sup> B. ANKERMANN, *Kulturkreise und Kulturschichten in Africa*, en *Zeitschrift für Ethnologie*, XXXVII, 54-90, Berlín, 1905.

<sup>2</sup> Ambos autores expusieron sus conclusiones en la famosa sesión de noviembre de 1904, celebrada en la Sociedad de Antropología de Berlín, y que es realmente el punto de arranque, anterior a la publicación pormenorizada, de sus investigaciones.

<sup>3</sup> Obras que inician su concepción sobre ciclos y círculos culturales: P. W. SCHMIDT, *Die Mon-Khmer-Völker: ein Bindeglied zwischen den Völkern Zentralasiens und Austronesiens*, Braunschweig, 1906; WILHELM SCHMIDT, *Gundlinien einer Vergleichung der Religionen und Mythologien der austronesischen Völker*, en *Akad. d. Wissensch. (philos-histor.)* LXIII, 1910. En este mismo año publicó otro trabajo acerca de sus conceptos sobre complejos y estratos culturales: P. W. SCHMIDT, *Die Stellung der Pymäen-Völker in der Entwicklungsgeschichte des Menschen*, Stuttgart, 1910. Allí postula que los pigmeos africanos se hallan a la base de toda evolución física y cultural humana. La natural extensión de sus conceptos — originariamente aplicados, como en Graebner, al mundo oceánico y africano — le llevan (después que Graebner ha postulado su validez en todo el orbe) a intentar su aplicación a América y, particularmente, a nuestra América del Sur: [P.] W. SCHMIDT, *Kulturkreise und Kulturschichten in Südamerika*, en *Zeitschrift für Ethnologie*, XLV, 1014-1124 y 1129-1130, Berlín, 1913.

(1919) otro reajuste en el que los siete ciclos — resultantes del aumento de los seis iniciales (de Graebner, Ankermann y Foy) con el postulado por el Padre — eran continuados por las letras a, b, c, d y a<sup>1</sup>.

Oswald Menghin ha introducido, para la prehistoria, el empleo del método histórico-cultural; es decir, ha elaborado un estudio de aquellos tiempos glaciares, en los cuales rige sólo una cronología relativa, agrupando los hechos conocidos en « círculos de cultura ». Con ello ha aconsejado, también, introducir en el cuadro de las culturas, una civilización anterior a las actuales conocidas<sup>2</sup>.

La incorporación de la prehistoria al cuadro general de la etnología está destinada, si se logra realizar con éxito, a obtener un avance apreciable en el campo de los conocimientos etnológicos. En ese sentido se pronuncian la mayor parte de los autores más recientes<sup>3</sup>.

En eso de introducir el método histórico-cultural en el estudio de la prehistoria, Menghin ha sido adelantado por Biasutti, que lo aplica a la arqueología prehistórica<sup>4</sup>. Si bien es cierto que ambos habían sido precedidos por Sollas quien, en 1911, tuvo la idea de comparar a los cazadores del período paleolítico con los también cazadores primitivos actuales<sup>5</sup>.

La posibilidad de realizar tal incorporación de la prehistoria al campo de los sucesos estudiados por el « método histórico-cultural » era preconizada, también en 1911, por Foy, en un párrafo de su extensa introducción a la edición *princeps* de la *Metodologia*

<sup>1</sup> P. WILHELM KOPPERS, *Privat-und Kommunaleigentum auf den frühesten Entwicklungsstufen der Menschheit*, en *Volkswohl*, Viena, 1919; P. WILHELM KOPPERS, *Die Methode der Wölkerkunde*, en *Der Düseldorfer Missionskursus*, 244-260, Aachen, 1919.

<sup>2</sup> OSTWALD MENGHIN, *Weltgeschichte der Steinzeit*, Viena, 1931.

<sup>3</sup> DR. GEORGE MONTANDON, *L'ologenèse culturelle, Traité d'ethnologie cyclo-culturelle et d'ergologie systématique*, 43, Paris, 1934.

<sup>4</sup> R. BIASUTTI, *L'archeologia preistorica e i cicli culturali*, en *Bollettino dell'Associazione internazionale per gli studi mediterranei*, I, Roma, 1930.

<sup>5</sup> W. J. SOLLAS, *Ancient hunters and their modern representatives*, London, 1911 (second edition, London, 1924).

*etnológica*. Allí Foy expresa : « Pero este libro de Graebner puede servir no solamente como base de esa colección, sino también para las situaciones europeas en las que no se halle una cronología, y también para la historia de los pueblos o, en una forma más amplia, para la prehistoria o para la ciencia de la Antigüedad. En todas ellas uno se hace las mismas preguntas : de qué capas culturales se ha formado la unión de las culturas ; a cuál capa de las culturas pertenece el elemento cultural aislado, la forma cultural aislada y cómo se han sucedido las capas, los elementos y las formas culturales » <sup>1</sup>. Sobre este punto de la incorporación del estudio de la prehistoria a la etnología volveremos en el capítulo V del presente ensayo. Pero no olvidemos, desde ya, que el que Graebner no lo haya admitido es uno de los puntos en contra que le anota el padre Schmidt <sup>2</sup>.

La idea de Menghin ha sido aceptada por George Montandon, para quien, sin embargo, el cuadro de Menghin es demasiado esquemático, demasiado simétrico <sup>3</sup>. Él, en una serie de estudios etnológicos ha ido estructurando su sistema de ciclos culturales, que ha terminado por quedar fijado en su trabajo fundamental, en 1934. Allí determina la existencia de doce ciclos y de algunas subdivisiones de los mismos <sup>4</sup>.

Por último, en 1937, en su más reciente trabajo, el padre Schmidt — que ya en 1925 había extractado en un breve estudio sus ideas fundamentales <sup>5</sup> — ha realizado una obra, con adiciones de su discípulo Koppers, en la cual establece sus últimos y definitivos conceptos acerca del método histórico cultural, a cuya consolidación y difusión ha dedicado múltiples páginas. Este estudio, al que

<sup>1</sup> F. GRAEBNER, *Methode der Ethnologie* (Introducción por Foy), Heidelberg, 1911.

<sup>2</sup> SCHMIDT, *Fritz Graebner † Porträt*, en *Anthropos*, XXX, Heft 1, 2, 207, St. Gabriel-Mödling bei Wien, 1935.

<sup>3</sup> MONTANDON, *Traité d'ethnologie ciclo-culturelle*, 46.

<sup>4</sup> MONTANDON, *Traité d'ethnologie ciclo-culturelle*, 52-211.

<sup>5</sup> P. WILHELM SCHMIDT, *Distinction et répartition des cercles culturels*, en *Compte rendu de la Semaine d'ethnologie religieuse*, IV, 341-353, París, 1925.

hemos aludido en alguno de los párrafos precedentes, tiene el interés de incluir, también, diversos conceptos sobre América, actitud de interés por lo americano en la que sigue al trabajo de Montandon, que ya había volcado su atención sobre nuestros habitantes primitivos <sup>1</sup>. Por las razones que luego se dirán, esta actitud nos parece promisoria y simpática, aunque todavía sea incompleta.

Todo este conjunto de estudiosos y de centros de estudio, que en Europa se dedican con singular constancia y eficacia a la investigación etnológica, nos muestran el largo paso dado desde 1911 hasta el presente. En ese año el profesor Foy escribía en su prólogo a la edición alemana del libro de Graebner, que era, como se sabe, el tomo primero de la *Biblioteca Etnológica*, que esperaba tener un magno desarrollo: « Mientras que la historia de las culturas europeas está más estudiada y tiene una cantidad de disciplinas conexas, la etnología, por lo menos en Alemania, tiene que luchar para abrirse camino. Encuentra la causa en que en las universidades e institutos de correlación se estudia muy poco esa especialidad. En eso hay mucho diletantismo, no hay estudios de base, de fondo, en sus cultores. Hay la creencia general de que cualquiera puede estudiar la etnología, por eso es que los etnólogos son tan poco apreciados en las colonias. Todos esos males se curarían si se preparara metódicamente etnólogos. El estudio de la etnología no es sólo reunir material e irlo describiendo someramente sin mayores detalles. En los Museos hay muchísimo material, que ha sido reunido. Se le describe como una descripción de viaje, pero a la mayoría no se le puede describir porque en los investigadores falta base. Por eso es que la etnología no ha salido del radio de coleccionistas de rarezas ». Y añadía algunas líneas más abajo: « Los coleccionistas de objetos etnológicos no se plantean, generalmente,

<sup>1</sup> En todos los ciclos, pero particularmente en el estudio especial del ciclo mejicano-andinoide, que es una de las formas de cultura superior por él consideradas: MONTANDON, *Traité d'ethnologie*, 112-125. Sin embargo, todavía puede hacerse al autor el reproche fundado que más adelante dirigimos a Graebner: el desconocimiento de la inmensa mayoría de los estudios de la producción americanista moderna, debida a autores americanos, como lo demuestra su somera y asaz poco informada bibliografía (pág. 125).

los problemas fundamentales de la disciplina. El estudio metódico del material, recién elevaría a la etnología al rango de ciencia real y verdadera <sup>1</sup> ». Quienquiera que se asome a la etnología actual podrá advertir todo lo que se ha avanzado a ese respecto.

Sin embargo, en América la escuela histórico-cultural ha hecho rápidos y efectivos progresos. En los Estados Unidos hay un grupo de investigadores que aplican, más o menos integralmente, sus principios. Desde los tiempos de E. Sapir <sup>2</sup> y W. D. Wallis, pasando por F. E. Clements y por los estudios de E. H. Driver y A. L. Kroeber, así como por los de J. H. Steward, se llega a los trabajos de Clark Wissler. Una de las obras de este autor, de gran difusión en su hora, por el prestigio de su firmante y por el carácter general del campo de investigación abordado, se caracterizó por el empleo intensivo de los mapas de repartición geográfica de los bienes culturales <sup>3</sup> a la manera anticipada por Frobenius y reconocida por Nordenskiöld y su escuela. Roland B. Dixon y Clyde Kluckhohn forman, con Paul Radin, de quien nos ocupamos especialmente más adelante, el resto de esta legión de etnólogos norteamericanos adscriptos a las investigaciones metodológicas, que no serán siempre (como veremos en el caso de Radin) histórico-culturales <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Methode der Ethnologie* (Introducción por Foy).

<sup>2</sup> EDWARD SAPIR, *Time perspective in Aboriginal American Culture, a study in Method*, en *Geological Survey of Canada*, memoir 90, Ottawa, 1916.

<sup>3</sup> CLARK WISSLER, *The American Indian*, second edition, New York, 1922. El subtítulo de esta obra de etnología americana, *An introduction of the anthropology of the New World*, puede ser otro ejemplo de esas confusiones entre el contenido de la antropología y de la etnología a las que aludo en el capítulo segundo de este estudio. El interés de Wissler por el examen de los complejos culturales venía ya de tiempo atrás: CLARK WISSLER, *Aboriginal Maize Culture as a Typical Culture-Complex*, en *The American Journal of Sociologie*, XXI, n° 5, Chicago, 1916.

<sup>4</sup> De todos ellos se ocupa P. W. Schmidt en una obra reciente de la cual he consultado versión española manuscrita: SCHMIDT (con contribuciones de KOPPERS), *Manual del método de la etnología histórico-cultural* (versión española manuscrita, existente en la Biblioteca de la Universidad de San Marcos, de Lima). Con respecto a esta escuela norteamericana, desigual en valores, en orientación y en pro-

Entre nosotros, los estudios histórico-culturales están sobre todo a cargo de José Imbelloni, uno de cuyos libros, ya recordado en estas páginas, es justamente una introducción al conocimiento de las doctrinas de esa escuela y una sistematización de los conceptos de los diversos autores acerca de la formación y contenido de los diferentes ciclos culturales<sup>1</sup>. Dentro de estos conceptos se mueven, también, el etnógrafo Enrique Palavecino y el musicólogo Carlos Vega.

No es el caso de pasar revista a lo que ocurre en cada una de las repúblicas hispano-americanas, pero permítaseme recordar, todavía, por tratarse de una colaboración reciente, la aportada en Chile por Aureliano Oyarzún, en la que realiza una traducción castellana, de la formación de la doctrina de la escuela histórico-cultural, de los ciclos, y de las ideas del padre Schmidt y W. Koppers respecto a la aplicación de ese método a América<sup>2</sup>, tomada de *Völker und Kulturen*, de aquellos autores.

cedimientos, puede verse el capítulo I: *Visión histórica del desarrollo y la difusión del método histórico-cultural en la etnología*. El punto 3, de ese capítulo, se refiere a ello, especialmente. Este trabajo es la última expresión de la orientación y de las conclusiones de la rama austríaca (Schmidt, Koppers, v. Heine-Geldern, Röck, Walk, Gusinde, Schebesta, Schulien, Kreichgauer, Höltker, Menghin, etc.) de la escuela histórico-cultural.

Por su parte, Radin ha dedicado especial atención a estudiar la posición metodológica de Franz Boas, a quien considera jefe de escuela dentro de los etnólogos de aquella nación: PAUL RADIN, *The Method and Theory of Ethnology, An Essay in Criticism*, First edition, 3-60, New York and London, 1933.

<sup>1</sup> IMBELLONI, *Epítome de culturología*. El autor realiza allí una excelente tarea de difundidor de esos principios.

<sup>2</sup> W. SCHMIDT y W. KOPPERS, *El método Histórico-Cultural. Historia de los pueblos primitivos* (traducción y anotaciones del Dr. Aureliano Oyarzún), en *Revista del Museo Histórico Nacional de Chile*, Año I, N° 2, 135-177, Santiago de Chile, 1940. Editado también en folleto en *Publicaciones del Instituto Cultural Germano-Chileno*.

#### IV

##### DISCREPANCIAS METODOLÓGICAS EN LA ESCUELA

Sin embargo, pese a esta difusión del método histórico-cultural, sus principales campeones no han podido ponerse de acuerdo, aún, sobre los puntos más fundamentales. Y hasta cosas tan notoriamente importantes como el número de los « ciclos culturales », y su correcta nomenclatura, son objeto de vacilaciones y de tanteos. Este hecho no tiene, en sí, nada extraordinariamente peligroso. Siendo la etnología una ciencia en formación — en medida quizás mayor que cualquier otra — no es extraño que el conocimiento más íntimo del patrimonio cultural de cada uno de los ciclos o de otras circunstancias fundamentales en el desentrañar la esencia de la vida de los pueblos primitivos, vaya obligando a los autores a ampliar los cuadros de las clasificaciones primeras, acaso demasiado simplistas, o a bautizar a los ciclos de manera que corresponda más exactamente con su verdadero contenido cultural.

Por ello del primitivo estadio (seis ciclos) de Graebner y Foy, o del de Ankermann o de Frobenius (cinco ciclos), se pasa al del padre Schmidt (siete), al de su continuador Koppers (cinco y subdivisiones), al de Menghin (doce ciclos con subdivisiones, particularmente en su ciclo [VII] pastoral), hasta llegar al de Montandon (ciclos I a XII, también con subdivisiones) <sup>1</sup>.

Desde luego, las discrepancias metodológicas entre los autores se marcan, de manera fuertemente acusada, en las páginas del libro de Graebner que analizamos. Su carácter intransigente, ya anotado, logra en muchas de ellas expresión cabal. Vamos a pasar revista a algunas de estas, como una demostración de la agudeza de su sentido crítico y de la implacabilidad y rigidez de su ortodoxia culturológica.

Tomemos, para empezar, el caso de Frobenius, a quien se acusa,

<sup>1</sup> Sobre esto pueden verse las páginas, agudamente críticas, de un reputado autor contemporáneo : MONTANDON, *Traité d'ethnologie*, 43-52.

sucesivamente, de rebuscamiento <sup>1</sup>, declarándose que « la denominación método geográfico-estadístico es desgraciada » <sup>2</sup>, y estableciendo que uno de sus errores capitales es no preocuparse debidamente por las viejas culturas relictuales <sup>3</sup>. Con tales motivos, Graebner puntualiza sus disidencias en cuanto al método empleado por Frobenius, estableciendo que « lo más importante y verdaderamente funesto es que la construcción hipotética subjetiva [que Graebner supone, con acierto, ser uno de los grandes enemigos de toda reconstrucción histórica o etnológica], para cuya eliminación debía de servir, precisamente, la metodología, puede de nuevo hacer de las suyas. Pues la interrogación sobre origen y desarrollo de los fenómenos deberá, con ese método, preceder a la dilucidación de las conexiones histórico-culturales » <sup>4</sup>. En ese empleo abusivo de la argumentación subjetiva incurre Frobenius, en oportunidades que no escapan a la sagaz vigilancia de su celoso crítico <sup>5</sup>. Este llega, también, a imputarle que « Juega con conceptos científico-culturales sin haber captado su íntimo sentido » <sup>6</sup>, lo que explica el derrumbe de su método *geográfico-estadístico* entero, puesto que « no cabe equiparar los elementos de una cultura a las variedades o géneros biológicos, sino que fisiológicamente sólo podían ser concebidos como órganos funcionales, y por lo tanto

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 18, nota 3.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 151, nota 23.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 204, nota 20.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 155. Esta oposición tenaz de Graebner a los criterios subjetivos tiene, en este libro, una serie de ejemplos. Así dice, después de referirse al criterio de forma, que puede ser objeto de esta clase de impresiones o juicios: « lo que interesa no es que alguien « crea » algo, sino que lo esencial es que lo demuestre » (GRAEBNER, *Metodología etnológica*, 180 y 187, nota 48).

<sup>5</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 155, 230, 252.

<sup>6</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 157.

nada tiene de improbable, *a priori*, el concebir las formas culturales análogas como una suerte de variaciones locales » <sup>1</sup>. Por último, le reprocha la ambigüedad de la expresión « formas de cultura », empleada por Frobenius, proponiendo su substitución por « círculos de cultura » o « complejo cultural » <sup>2</sup> y juzga mal determinado el país de origen de lo que Frobenius llama cultura malayo-negrítica <sup>3</sup>.

Bien es verdad que, como anota Montandon, Frobenius no es un buen ejemplo de fidelidad en las posiciones antes adoptadas, en materia de ciclos culturales africanos. En efecto, después de haber sido el primero en haber determinado el patrimonio de los pueblos, de la región guineo-congolesa — es decir, precisamente, de esa « malayo-negrítica », como él la denomina en su particular nomenclatura — y de haberla opuesto a las culturas de los otros pueblos puramente africanos, para marcar mejor la diferencia entre aquellas culturas continentales y ésta, que recibiría sus fundamentos de un aporte extracontinental — indonésico-paupásico, — toma otra posición para explicar los fenómenos. Abandona aquella forma de repartición para adoptar un nuevo cuadro de cinco culturas africanas (etiópica, camítica antigua, eritrea, sirtica y atlantiana) en las que las dos últimas, que se suponen provenientes, respectivamente, del Mediterráneo occidental y del Mediterráneo oriental (ésta, en largo periplo costero), se reparten los elementos culturales de su antigua « cultura malayo-negrítica ». Esto, naturalmente, desconcertó a sus propios discípulos, por lo inusitado de tal conversión. Y Montandon, que recuerda el hecho, y reprocha la « volte-fáce » agrega: « L'attitude de ce créateur de la théorie des cycles culturels peut paraître assez décourageante pour un débutan en ethnologie » <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 158.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 200, nota 15.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 253.

<sup>4</sup> MONTANDON, *Traité d'ethnologie culturelle*, 49.

Y no es sólo Graebner quien ha anotado con vigor crítico los errores de Frobenius. El padre Schmidt, otra gran columna de la escuela histórico-cultural, lo ha hecho con la misma dureza. Leo Frobenius hace derivar el arco y la flecha del arco musical <sup>1</sup>. El padre W. Schmidt no puede imaginarse cómo alguien pudo concebir tal idea <sup>2</sup>. En efecto, dada la repartición ecuménica de aquellas armas, y sus usos tan diversos, la derivación que Frobenius propugna no puede sostenerse. Graebner recuerda complacidamente el hecho como una prueba de « cuanto le queda ya aquí a la pura hipótesis », y como una nueva demostración de la predilección de Frobenius por las elaboraciones puramente hipotéticas <sup>3</sup>.

Podría creerse que esta reiteración de críticas a Frobenius proviniera de la circunstancia de ser aquél una especie de precursor de los cultores de la escuela histórico-cultural, propiamente dicha, y que ello haría que las observaciones de Graebner a Schmidt — o de éste a aquél — fuesen más cautas y tenues. Pero no es el caso. Uno y otro tienen una rígida intolerancia de jefes de escuela y parecen sentirse, frente al otro, como poseedores de una verdad revelada e indubitable. (Todo ello pese al común horror, que ambos profesan y proclaman, contra todo apriorismo).

Así, Graebner sostiene como regla de conducta del padre Schmidt: « a todo dato que no concuerda con la teoría por él sustentada se le pone un signo de interrogación, a veces sin siquiera tratar de fundar la duda » <sup>4</sup>, práctica ortodoxa poco recomendable en tareas científicas. Y esta anulación de todo dato contrario a sus conclusiones, llega — según dice Graebner frente a un caso concreto — hasta poner « en descrédito el expreso dato negativo de sus propios informantes principales, mediante la insuficiente obje-

<sup>1</sup> LEO FROBENIUS, *Ursprung der africanischen Kulturen*, 275 y sig.

<sup>2</sup> SCHMIDT, *Die Stellung der Pygmäenvölker*, 277.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 129-130 y nota 14.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 63, nota 3.

ción de ser posible una mala información » <sup>1</sup>. Pero esto no es todo. Graebner sienta la acusación de que, « casi sistemáticamente », el padre Schmidt confunde hipótesis con datos y basa en ellas nuevas deducciones <sup>2</sup>. Sostiene que Schmidt tiene su antecedente en Frazer, en lo que se refiere al origen del totemismo <sup>3</sup>, cosa que no debe ser grata al estudioso de Mödling, si se piensa que Frazer es sólo hoy un valor histórico, objetado como anticuado e inservible por la escuela. Mas, aún, juzga que el padre Schmidt se equivoca en punto a religión <sup>4</sup>, tema que, por razones confesionales, debería ser su fuerte, responde con una crítica a otra crítica del padre Schmidt sobre cómo tratar las figuras mitológicas <sup>5</sup>, y muestra ejemplos de críticas deficientes formuladas por éste. Por último, se pronuncia en disidencia con respecto a conceptos y contenidos de las doctrinas evolucionistas <sup>6</sup>, que el padre Schmidt también fustiga, pero de diferente ángulo de crítica <sup>7</sup>.

Para comprender el carácter de las relaciones entre ambos futuros jefes de las dos ramas de la escuela histórico-cultural, hay que

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 63, nota 3.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 189 y nota 50.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 237, nota 9.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 253.

<sup>5</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 143-144, nota 7.

<sup>6</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 141. También expresa la complejidad de los nuevos conceptos que presiden a la evolución de la vida social, en contra del simplista desenvolvimiento que le atribuía el antiguo animismo, en otra de sus obras : F. GRAEBNER, *El mundo del hombre primitivo*, en *Biblioteca de la Revista de Occidente, Nuevo hechos, nuevas ideas*, VI, 8-14, Madrid, 1925.

<sup>7</sup> P. W. SCHMIDT, *Die Stellung der Pygmäenvölker*, 283 ; P. W. SCHMIDT, *Manual del método de la etnología histórico-cultural* (traducción al español, manuscrita, en la Biblioteca de San Marcos, de Lima), *Introducción*, 4. *El evolucionismo como supuesto medio para la determinación cronológica*.

conocer ciertos antecedentes. Ambos se habían tratado en plena juventud. El padre Schmidt visitó el Museum für Völkerkunde durante el año de estada de Graebner en él y cuando éste contaba apenas veintidós años. Es el mismo Schmidt quien ha narrado esa visita: « Él exteriorizaba inteligencia y vivacidad y era un placer recorrer consigo las salas excesivamente recargadas del Museo. Yo había hecho en aquella época mi primer trabajo sobre los idiomas de los Mares del Sur y tenía intención de estudiar los idiomas Mont-Kmer. Graebner tenía interés en ese trabajo, pues los Mares del Sur y los indonesios eran su especialidad y con ello nos vinculamos »<sup>1</sup>. El padre Schmidt estuvo cerca de él y de Ankermann y pudo seguir, paso a paso, el desenvolvimiento de sus ideas acerca de los ciclos culturales, ideas que Schmidt aprovechó, en parte, al elaborar — luego de las famosas conferencias de aquéllos, de noviembre de 1904 — su libro sobre los Mont-Kmer, que es de 1906, y en el que relacionaba los idiomas de los pueblos primitivos austronésicos con los austroasiáticos.

Dos años más tarde, el padre Schmidt comenzaba la publicación de otros estudios detenidos, que prosiguió hasta 1910 en una revista especializada que había adquirido desde entonces, y ha conservado hasta nuestros días, mundial prestigio, atribuyendo calidad de avance positivo en el terreno de la ciencia a este planteamiento de los ciclos culturales<sup>2</sup>, en tanto que, desde las páginas de *Globus*, y durante los años 1909 y 1910, Graebner sostenía puntos de vista contrarios a los del padre Schmidt en cuanto a ciertos problemas de sociología australiana y de ciencia religiosa, puntos de vista que, en gran parte, se ven reiterados en los cargos que acabamos de ver recogidos en las páginas de *Metodología etnológica*.

El punto principal de esta discusión era saber si los Kurnai, del sur de Australia habían tenido una organización de sus clases, de tipo totémico y, por consiguiente, si el dios principal era el

<sup>1</sup> SCHMIDT, *Fritz Graebner † Porträt*, 204.

<sup>2</sup> P. W. SCHMIDT, en *Anthropos*, III, 812-818; y [Juicios bibliográficos sobre Graebner y Foy] IV, 270-272, y V, 1171-1174, Mödling, 1908-1910.

mismo para todo el círculo cultural totémico. Algunos etnógrafos prestigiosos, como Vater, han apoyado ulteriormente <sup>1</sup> la posición del padre Schmidt, admitiendo la validez de sus argumentos. Pero, por el momento, esa controversia sólo sirvió para separar a Schmidt de Graebner. Durante un año esta situación de tirantez les mantuvo alejados; la publicación de la edición alemana de *Metodología etnológica*, a la que el padre Schmidt dedicó el comentario que otras veces hemos citado, los volvió a aproximar. El padre Schmidt, aunque formulaba algunos reparos, terminaba el artículo proclamando: « El desarrollo de este método, en gran parte expuesto por primera vez como una expresión sistemática, será siempre una gran victoria de Graebner, que le dió sus fundamentos. Yo no conozco ninguno en la historia de la etnología en los últimos cincuenta años, que pueda asemejarse a él » <sup>2</sup>. Frase justa — pero difícil de formular acaso, para quien había recibido de Graebner, en esa misma obra, las críticas que hemos visto —, no podía menos de aproximarlos.

Una especie de contrapunto científico ha sido mantenido por ambos durante aquella época. En 1910 había aparecido un importante estudio de Graebner <sup>3</sup>, en el que éste ensayaba, por primera vez, dar expresión ecuménica a la idea de los círculos culturales. Esta idea encontró un eco crítico en otro artículo del padre Schmidt, publicado en 1913 <sup>4</sup>. No es el caso de seguir aquí, paso a paso, las variaciones de criterio exteriorizadas por Graebner a propósito del problema totémico y de la formación del ciclo cultural correspondiente, ni las rectificaciones a esos criterios sustentadas por el padre Schmidt, historia que — por otra parte — éste mismo ha realizado después de la muerte de Graebner y, aunque no parezca lugar muy adecuado, en el propio artículo supuestamente destinado a rendirle homenaje <sup>5</sup>. La enfermedad del autor

<sup>1</sup> E. VATER, *Der australische Totemismus*, 28 y sig., 150, Hamburg, 1925.

<sup>2</sup> SCHMIDT, *Die Kulturhistorische methode der Ethnologie*, 1036.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Melanischen Bogenkultur*.

<sup>4</sup> SCHMIDT, *Kulturkreise und Kulturschichten in Süd Amerika*.

<sup>5</sup> SCHMIDT, *Fritz Graebner † Porträt*, 205.

de *Metodología etnológica*, al tronchar inesperadamente su labor científica muchos años antes del deceso, hizo cesar esta polémica por forzoso silencio de una de las partes. Era la única forma de lograrlo, pues, como expresa por dos veces Schmidt en aquel póstumo recuerdo aludiendo al tozudo empecinamiento de su colega: « Graebner tenía razón hasta cuando estaba equivocado » (*Graebner hatte recht, selbst, wen er unrecht hatte*)<sup>1</sup>. Esta frase, dos veces repetida en un artículo escrito en ocasión de su muerte, da bien el tono de la falta de cordialidad fundamental en aquellas largas relaciones. Y esa inoportuna nota de polemización póstuma no se debilita por algunas palabras corteses de rigor y por el hecho de proclamarle el « Führer » de la etnología...<sup>2</sup>.

Es que, en realidad, los grupos de etnólogos de la rama alemana (Graebner-Ankermann-Foy-Kern) chocaron, desde el primer momento, con los que integraban la rama austríaca (P. W. Schmidt-Koppers y los demás antes citados). Sus relaciones no pasaron, sino ocasionalmente, de un mostrarse los dientes desde lejos, en actitud más de morder que de sonreír. Testimonio asaz probatorio de ello es el famoso *Porträt* que, en 1935 — recién muerto Graebner — traza el padre Schmidt en *Anthropos* y que, más que « retrato » del autor de la *Metodología etnológica* resulta ser el de su ilustre crítico y oponente, que no pierde ni esa oportunidad póstuma en enfrentarle y en elogiar las excelencias de su propia tendencia, ante las fallas de la de Graebner. La ocasión no era la más feliz, pero por ello mismo pinta, más que cosa alguna, el carácter especial de las relaciones de ambas poderosas ramas de la « escuela histórico-cultural », que el lector desprevenido y el panegirista apasionado creen o proclaman, respectivamente, una unidad indisoluble y perfecta.

Naturalmente, esto no importa sostener — cosa que no sería exacta y estaría reñida con la verdad — que la « escuela histórico-cultural » no tenga un cuerpo de doctrina, esencial, en el cual están de acuerdo todos sus sostenedores, ni reglas metodológicas que

<sup>1</sup> SCHMIDT, *Fritz Graebner † Porträt*, 205 y 206.

<sup>2</sup> SCHMIDT, *Fritz Graebner † Porträt*, 203.

todos acaten. Las diferencias están, más bien, en los matices : en las interpretaciones diferentes de un mismo hecho, en el agrupamiento de los fenómenos, en la consideración de sus secuencias. La escuela misma existe, pese a las diferencias internas. Y la mejor demostración de su existencia la da en el cerrar de filas que se produce ante todo ataque externo. Cuando algún etnólogo no afiliado intenta una crítica, más o menos acerba, todos están prontos para olvidar disidencias menores y entredefenderse. Que lo digan, sino, los « evolucionistas », los miembros de la « escuela de Manchester », hoy tan venidos a menos. Sin embargo, es necesario señalar que aunque la escuela histórico-cultural no admite a la « evolucionista » — término creado por Graebner para calificar a la orientación que él criticaba — ello no significa, como lo ha hecho notar el padre Schmidt, que no reconozca y acepte la evolución <sup>1</sup>.

## V

### LA CRÍTICA EN EL MOMENTO DE LA APARICIÓN DE LA « METODOLOGÍA »

La aparición del libro de Graebner provocó el estallido de interesantes polémicas, que podemos recoger a grandes rasgos en lo que menos tienen de pasajero y de efímero. No podía ser menos. El carácter indoblegable del autor, su incapacidad de concesiones, la rigidez de sus normas críticas y la vehemencia característica de sus actitudes, le habían concitado antes — y le reafirmaron después — de la aparición de la obra, ataques y dicterios, más o menos envueltos, según los casos, en argumentos de carácter metodológico.

El más sonado de estos incidentes, que se tradujo en una polémica en la que intervinieron varias figuras eminentes en el campo de la etnología, lo suscitó una crítica de M. Haberlandt, aparecida

<sup>1</sup> SCHMIDT (con contribuciones de KOPPERS), *Manual del método de la etnología histórico-cultural* (traducción española manuscrita), *Introducción*, 4. *El evolucionismo como supuesto medio para la determinación cronológica.*

en *Globus*<sup>1</sup>, revista especializada a la que, según se recordará, Graebner estuvo vinculado.

« Criticar es siempre un desagradable 'negocio', aun cuando se trate de trabajos científicos »<sup>2</sup>. Así comenzaba el artículo de Haberlandt, quien no había de tardar en experimentar en carne propia la verdad de esa afirmación. A renglón seguido expresaba su interés en « desmenuzar » el contenido verdadero de la « escuela histórico-cultural ». Para él hay una improvisación fundamental en la base de la doctrina expuesta por Graebner y por Ankermann. Tomando las teorías de Ratzel y Frobenius, llegaron a « este método problemático y sus problemáticos resultados ». Más aún, afirma que Graebner y Ankermann no han insistido en la búsqueda de la entraña de la doctrina y que sus estudios se han limitado a dilatarla ilimitadamente en el campo de lo geográfico. « Estos autores, en trabajos posteriores, no profundizaron la teoría sino que la extendieron en forma geográfica ».

Haberlandt no admite como buena la caracterización del inventario patrimonial que Graebner considera propio de cada ciclo cultural. Entiende que si se les examina de cerca se advierten « anacronismos inmediatos en las diferentes clases de culturas », y que el método empleado para definirles y estudiarles tampoco es el conveniente. Es necesario esperar a que los investigadores terminen su obra, agrega. Recién cuando la ciencia prehistórica no pueda ayudarnos más, será el momento de emplear el nuevo método propuesto. Por lo tanto, « El sistema de Graebner no nos puede positivamente ser útil por el momento ». Cita algunos elementos patrimoniales que tienen un área de repartición enorme, extensión que abarca dos o más Continentes y lanza contra Graebner algunas preguntas que cree sin respuesta : « ¿Cómo y por qué todo eso que ha pasado por diferentes migraciones, se ha encontrado una vez unido? ¿Es un verdadero complejo cultural todo esto que se nos aparece como objetos importados? ». Frente al gran conjunto del

<sup>1</sup> M. HABERLANDT, *Zur Kritik der Lehre von den Kulturschichten und Kulturkreisen*, en *Globus*, n° 57, 113-118, marzo de 1911.

<sup>2</sup> HABERLANDT, *Zur Kritik der Lehre*, 113.

acervo cultural australiano, estudiado por Graebner, teme que todo ello « produzca más la impresión de un insignificante paquetito de fichas de museo ».

Pasando de los círculos culturales de los Mares del Sur a los de los Papuas del Este, Haberlandt no lo encuentra mejor asentado, etnográficamente. Además, en uno y otro caso, Graebner, según él, no ha realizado la investigación uniendo el punto de vista antropológico al de los usos y costumbres. Haberlandt entiende que la antropología habría sido fundamental para dilucidar la exactitud o inexactitud de dichos círculos, ya que las listas de los elementos de la cultura material no pueden aplicarse, totalmente, ni a la mitad de Australia: ciertos tipos de choza de corteza con techo en forma de colmena, no se hallan allí más que en el norte, faltan cinturones-taparrabos y pueden localizarse perfectamente los lugares en que se emplean elementos tales como el boomerang y el rompecabezas. « Temo que todo no sea más que una operación de juego de palabras », termina en forma despectiva no disimulada.

También encuentra débil la argumentación de Graebner, en cuanto a las formas matriarcales de los Papuas. No más segura le parece la prueba de la expansión de las culturas, donde, « toda clase de dichos se dan como verdades ». « Por todos lados, dudas, excepciones, casualidades, inseguridades, todo se desparrama y tambalea ». Es inútil que Graebner busque fortalecer la posición de Andree. Sus datos no son más seguros ni sus pruebas más eficaces. Al menos, tal es la opinión de Haberlandt, quien sostiene en su crítica que Graebner no ha tomado en cuenta importantes culturas, como la estudiada por Erdofens. Y basándose en la notoria diferencia existente entre las poblaciones de la montaña y de la costa, en Nueva Guinea y en otras islas melanésicas, afirma que estas « auténticas realidades » son las que deben servir de base para la construcción de los círculos culturales y de las formas de migración y expansión, y no los conglomerados arbitrarios de elementos del patrimonio.

En cuanto a los pueblos primitivos de los Mares del Sur, Haberlandt sostiene que Graebner « deja de desear desde el punto de vista de un examen sistemático », en los siguientes puntos :

1° En lo que se refiere al estudio de las semejanzas idiomáticas.

2° En la valoración y estudio del material antropológico, transportador y ampliador de las culturas.

3° En la revisión del material prehistórico. La división cronológica de las culturas de Graebner, no está fundada.

4° En el examen de la geografía física y de la psicología social, que no han sido tenidas presente.

5° En el estudio pormenorizado de las uniones histórico-culturales de los pueblos más próximos.

La consecuencia de todas estas deficiencias no se hace esperar, para Haberlandt: « Mientras no se establezcan exactos paralelos que produzcan conversiones independientes, mientras no se establezca la continuidad que se mantenga igual y no desmentida, mientras no se establezcan verdaderos e indudables rastros, indicios, antigüedad y duración de los pueblos y su tráfico material y social, uno por uno, y la posibilidad de su observación clara, la teoría de Graebner y Foy se mantendrá como insuficiente y científicamente incompleta y debe abandonarse ».

Tras este ataque a fondo, Haberlandt agrega, ya al final de su crítica: « ¿ Por qué necesidad científica aparece esta joven escuela histórico-cultural para el estudio etnológico, en una forma tan absoluta y sin pruebas, con un método tan unilateral en la mano? ¿ Para obtener resultados más pronto que los que hubiera obtenido por trabajos más menudos y cuidadosos en todos los puntos de la tierra, que lentamente, pero con seriedad, sigan todas las actividades paso a paso? Parece que el carácter inductivo de la Etnología ha sido dado al olvido por éstos sus representantes, y la esperada deducción ha vuelto a aparecer ».

Y, finalmente, la flecha postrera: « La única ventaja indiscutible que nos puede mostrar el *Melanesische Bogenkultur*<sup>1</sup>, de Graeb-

<sup>1</sup> Alusión transparente al título de un importante estudio que Graebner acababa de publicar: F. GRAEBNER, *Die Melanesische Bogenkultur und ihre Verwandten*, en *Anthropos*, IV, 726-780, 998-1032, Mödling, 1909. En este artículo Graebner transportaba la idea de los ciclos culturales a todo el orbe terrestre.

ner, es que nos señala, con toda claridad, a qué insostenibles consecuencias puede conducirnos este método de investigación ».

Este juicio crítico había sido publicado en el mes de marzo. Dos meses después el ataque era contestado y la polémica quedaba formalizada. La respuesta de Graebner, concreta, precisa, no se había hecho esperar <sup>1</sup>. Por de pronto, el autor de *Methode der Ethnologie* sienta una concordancia con Haberlandt, en el punto de partida : cualquier crítica a su trabajo sobre los Mares del Sur debe, inevitablemente, tocar su concepto del círculo cultural [*Bogenkultur*] como idea fundamental. Luego — tras de señalar que, a su juicio, Haberlandt no parece conocer suficientemente el campo de la nueva doctrina ni ha tenido en cuenta todos sus trabajos — pasa, derechamente, a contestar los « puntos débiles » que le señalara su adversario :

1º « La observación de que yo no he tenido en cuenta los grupos idiomáticos no la hubiera efectuado si hubiese tenido presente mis exposiciones aclaratorias por las que considero que el imperio de los idiomas austronesios concuerda con el parentesco cultural polinésico, y si además hubiese sabido que el idioma papua, se presenta, para los mismos lingüistas, como de una naturaleza negativa, que en su indudable multiplicidad puede ser aceptada como comprobación de la multiplicidad de las culturas pre-austronésicas ».

2º Rebate las cuestiones que Haberlandt expuso sobre las dos clases de matriarcado y expresa que al citar este autor las chozas con techo en forma de colmena y otros elementos de la cultura material « varía completamente el sentido » de su argumentación. Le reprocha su posición apriorística en punto a las migraciones y a la dispersión (o ensanche) de las áreas culturales. En la misma forma — agrega — se encuentra así mismo el punto en lo que se relaciona con el aspecto antropológico de la cuestión. « Allí también Haberlandt es un expositor del más puro apriorismo que busca su

<sup>1</sup> F. GRAEBNER, *Prof. Haberlandts Kritik der Lehre von den Kulturschichten und Kulturkreisen. Eine Erwiderung*, en *Petermanns Mitteilungen*, nº 57, 228-230, mayo de 1911.

resguardo tanto en la historia de la cultura europea como en las cuestiones australianas o melanésicas. Pero aun cuando estuviese en lo cierto, se mantendría siempre dudoso en lo que se refiere a que el tipo somático se mantenga constante aún en una proyección ulterior, y todavía más dudoso en lo que se refiere a cómo y hasta cuándo en los pueblos primarios o en los posteriores las consecuentes mezclas con otros tipos somáticos y con otros factores y culturas se puedan mantener en cualquier forma ».

3° Cree que el estudio y la doctrina « no deben apoyarse mucho en la prehistoria, con su material que es aún, indudablemente, muy fragmentario y con sus, en consecuencia, en parte muy problemáticas demostraciones ».

4° Hay, según Graebner, una diferencia fundamental de método entre él y su crítico : « yo he buscado la fundamentación *a posteriori*, y en cambio Haberlandt lo ha hecho *a priori*, estableciendo primero los círculos culturales y las relaciones culturales que él quiere comprobar. Y éste es el punto principal : no es posible sacar consecuencias de diferentes especulaciones psicológicas y antropológicas para construir círculos culturales y después emplearlas como verdaderas ante las cuestiones que se presenten. Los movimientos culturales, por el contrario, deben ser bien estudiados y recién entonces se puede poner la cuestión de acuerdo con sus condiciones esenciales ».

5° En cuanto al reproche de olvidar el estudio pormenorizado de cada cultura y las relaciones entre los pueblos más próximos, « yo mismo he insistido sobre la necesidad de las investigaciones locales, en cierto momento en los trabajos monográficos, como los únicos fundamentos seguros para efectuar investigaciones serias en etnología », expresa con auténtico sentimiento de que algunas de sus propias investigaciones sólo son « *visiones previas* y que requieren el estudio eurístico de posteriores trabajos monográficos. En esto reside, también, el hecho de que estos trabajos no están demás ; ninguna ciencia puede despreciarlos cuando sus grandes e inalcanzables problemas se encuentran en las investigaciones especializadas ».

En el cuerpo de esta breve respuesta están incorporadas algunas

reflexiones que conviene destacar, no sólo porque evidencian un espíritu de humildad que no suele ser común en este arrogante afirmador, sino porque demuestran, también, cuál era el sentido de las investigaciones metodológicas a que él y sus colaboradores se habían librado: su sistema no era *el* método, sino *un* método susceptible de ser perfeccionado. « Yo no he podido verdaderamente negar, y no he negado nunca, que en mis trabajos — y asimismo en todos los de la misma *escuela* — existen por todas partes grandes lagunas. Yo he señalado muchas veces que todo lo trabajado hasta ahora es solamente el principio y que no todo ha podido ser establecido, pero que puede serlo ». Y más adelante agrega, todavía, « quiero aún hacer notar que ni yo ni ninguno de los que van por este mismo camino creen poseer el verdadero método. Sabemos perfectamente que también el método debe desarrollarse y agradecemos toda crítica que no provenga de conceptos apriorísticos ». Se ve en estas cautas palabras el profundo espíritu científico del investigador que conoce el estado de sus trabajos y que escapa, deliberadamente, de toda arbitraria generalización. Es el mismo espíritu que en un trabajo anterior le había llevado a establecer que adoptaba un determinado punto de partida para la investigación como *un origen* de la cultura (« eine Kulturerscheinung ») y no como *los orígenes* de la cultura (« nicht Kulturerscheinungen »).

La respuesta de Foy — que no podía pasar en silencio las observaciones en que Haberlandt lo había unido a Graebner, corre a continuación <sup>1</sup>, en el mismo número de *Petermanns Mitteilungen*, según queda dicho. Revisándola, a renglón seguido de la de Graebner, advertimos de inmediato por qué éste era superior a sus colegas de la rama alemana de la « escuela histórico-cultural ». Ankermann no poseía sus posibilidades de trabajo, ni su fuerza de lucha, ni su capacidad de expresión y el dominio de su conocimiento era muy restringido: no conocía bien más que los pueblos primitivos del África <sup>2</sup>, motivos ambos que determinaron la posición secundaria

<sup>1</sup> W. FOY, *Ethnologie und Kulturgeschichte*, en *Petermanns Mitteilungen*, n° 57, 230-233, mayo de 1911.

<sup>2</sup> SCHMIDT, *Fritz Graebner † Porträt*, 211.

que alcanzó frente a Graebner. En cuanto a Foy — sin que ello importe que el estilo de Graebner no fuera en ocasiones confuso y pesado, sobre todo para lectores no alemanes, — escribe farfulladamente muchos de sus comentarios, sin esa agudeza en el análisis y ese penetrante e inexorable sentido crítico de su compañero de tareas. Aun en aquellas páginas de factura idiomática poco clara, de Graebner, campea, habitualmente, una seguridad interior del pensamiento que no alcanzaron, sino por excepción, sus dos colegas. Aquí, en este caso particular, ocurre lo mismo. La respuesta de Foy resulta un poco pálida y desvaída, frente a la de Graebner tan llena de medulosos conceptos.

El comienzo, sin embargo, es promisor: « Es una vieja verdad que la curiosidad científica siempre tiene en sí algo que la condena ». Es el concepto de autoridad, el *ego ipsum*, que tiende a hacer considerar a los investigadores que sus ideas, conquistas o descubrimientos son definitivos y que no se puede mantener ningún concepto que les contradiga. Este aspecto negativo de la capacidad investigativa es, para Foy, lo que Haberlandt revela con sus críticas. A continuación, rebate los cinco puntos en que éste había reunido tales críticas.

1º Las relaciones de los diferentes idiomas no han sido olvidadas, « en cuanto ya eran de por sí conocidas » (y hasta Graebner les ha empleado, en algunos casos), pues no ha de olvidarse que la lingüística comparada se ha perfeccionado antes que la etnología. « Por la adquisición de nuevas comprobaciones en este terreno, substancialmente, la ciencia idiomática se ha mantenido, y debe seguir siendo, una de las ramas más importantes de la historia-cultural ». No sólo Graebner, sino Ankermann, el propio Foy y el padre Schmidt las han consignado y utilizado. Ignorarlo significa « que Haberlandt no ha comprendido lo melanésico ».

2º Rebate lo relativo a la necesidad del estudio antropológico en los transportes de culturas, con el ejemplo de la historia cultural europea: la cultura griega en Italia, la de Roma en el Rin. ¿Podría acaso estudiárseles, « juntamente con todas sus formas sociales y religiosas sin preguntarse antes si existen puntos de unión antropológica? Y esto con pleno derecho por cuanto los ca-

racteres somáticos pueden ser completamente diferentes ». Pero eso no implica que ello sea indispensable en toda elaboración etnológica. « Desearía yo ver alguna vez hasta qué punto podría Haberlandt construir un desarrollo cultural basado en datos antropológicos ».

3° No es posible que la etnología tenga que esperar a que la prehistoria logre obtener y reunir todos sus elementos para comenzar sus tareas; la prehistoria ha permanecido, hasta hoy, en un estado puramente especulativo.

4° « En tanto como pueden venir al caso, las especulaciones físico-geográficas han sido empleadas naturalmente en silencio. Pero en lo que se refiere a lo psicológico social, si se entiende por ello una migración cultural, debe exhibir cuanto antes un trabajo al respecto para ser discutido ».

5° Las consideraciones sobre relaciones de los pueblos más próximos son igualmente desdichadas, según Foy. Tales estudios sólo pueden obtener resultados racionales « en los más recientes movimientos culturales, en que su relación no sea secundaria ni interrumpida ».

Las consideraciones finales de este trabajo son importantes como una definición de propósitos y de resultados: « Para nosotros el punto fundamental es, en su lugar y en su tiempo, establecer las dependencias y las relaciones de la historia cultural general en el verdadero sentido de la palabra. Trabajar en eso es la verdadera razón de la etnología, y el hecho de no haberlo reconocido hasta ahora es su defecto fundamental ». Las observaciones de Haberlandt han quedado destruídas — piensa Foy, — tanto como si no hubiesen sido nunca formuladas. Su desperdicio de los materiales ha sido manifiesto. « Lo que uno podría esperar de una tan importante crítica no es sólo sospechas sino verdades sobre la inutilidad del empleo de la comparación y verdades sobre la utilidad de otro sistema contrario. Tales verdades no han sido proporcionadas ». El articulista termina diciendo: « Yo pregunto, entonces: ¿Qué interesa más a la etnología científica, y satisface mejor sus necesidades: las especulaciones sobre la historia de la evolución que nos presenta el doctor Haberlandt o la dirección científica y metódica de la escuela histórico-cultural? ¿Cuál es más exteriormente cien-

tífica? ¿ Un estudio que el doctor Haberlandt postula como incontrodecible, que abre las puertas a la fantasía, o una ciencia que persigue las uniones reales de causalidad y que emplea exclusivamente materiales? ».

La última palabra en esta polémica volvió a estar escrita por Haberlandt, quien reconoció que Graebner se había mostrado más accesible a sus observaciones que Foy, « quien en este caso confirma la vieja experiencia de que cuando se sostiene una nueva ciencia se la defiende y sostiene como un verdadero profeta »<sup>1</sup>. Advirtió, sin embargo, que rechazaba « la errónea pausa científica » que ambos fundadores de la nueva escuela querían introducir en el estudio de la etnología hasta que ellos hubiesen perfeccionado su método, y anunció que en una próxima sección de la sociedad alemana y austriaca de antropología insistiría, con más espacio y elementos, sobre sus puntos de vista, tomando parte en la discusión el reputado profesor Karl von den Steinen.

Tal fué la polémica (en su aspecto escrito) y no hay duda de que ella desató un grande y apasionado interés por estos tópicos metodológicos, que hasta entonces la etnología había pospuesto a un plano secundario. Tal movimiento de opinión provocó la aparición de los primeros discípulos de Graebner y aseguró a la escuela una publicidad que ella no había buscado, pero que le fué provechosa. Desde ese momento las críticas y las defensas de esa posición metodológica adquirieron persistencia y tesón. Y puede decirse que unas y otras han continuado aún después de la muerte del maestro.

## VI

### LAS CRÍTICAS A LA ÉPOCA DE LA DESAPARICIÓN DE GRAEBNER

No es el caso de seguir aquí, paso a paso, esas controversias en las que, en ocasiones, la pasión daba relieve a meras cuestiones de detalle, elevadas por discípulos o impugnadores a la jerarquía de

<sup>1</sup> M. HABERLANDT, *Antwort auf vorstehende Erwiderungen*, en *Petermanns Mitteilungen*, nº 57, 234, mayo de 1911.

disputas bizantinas. Herido ya de muerte Graebner, su silencio, hijo de la enfermedad, le alejó prematuramente del debate. Pero la discusión de sus ideas siguió sin él. Entre los últimos estudios importantes, relativos a la impugnación vivaz de su concepción metodológica, está el que Paul Radin formuló en un libro <sup>1</sup> que alcanzó notoriedad un tanto escandalosa por el desenfadado lenguaje del impugnador y el « mucho temperamento » <sup>2</sup> que demostraba desde su comienzo.

Este autor había realizado ya un valioso estudio sobre los Winibago, que — según su opinión — estaba hecho con el método más valioso que puede hallarse, para estos estudios de tipo monográfico. No debe olvidarse que, aunque Graebner se hubiese dedicado a partir de 1911, sobre todo al estudio comparativo, que era el sistema básico de su método, había también verificado antes valiosas investigaciones de ese mismo tipo de observación acuciosa de un solo agregado social, preconizado por Radin, tales como su monografía acerca de los habitantes de las islas de Santa Cruz <sup>3</sup>.

Pero cabe preguntarse — como lo hace Koppers en la breve pero jugosa nota bibliográfica que dedicó en *Anthropos* al libro de Radin — en qué medida podía estar en contradicción semejante método monográfico aplicable en el caso de estudio de un solo grupo humano, con el método histórico-cultural preconizado por Graebner para la consideración comparativa y crítica de diversos grupos disociados en el espacio.

Las objeciones de Radin van encaminadas, también, a la necesidad de establecer una cronología, necesidad a la que alude atribuyéndole caracteres imperiosos <sup>4</sup>. Pero, pese a tal empeño, el propio Radin no acierta a formular el camino metodológico para

<sup>1</sup> RADIN, *The Method and Theory of Ethnology. An Essay in Criticism*, 77-82, 163-167.

<sup>2</sup> La expresión es de un reputado miembro de la que he denominado « rama austríaca » de la « escuela histórico-cultural » : W[ILHELM] KOPPERS [nota bibliográfica] en *Anthropos*, XXIX, fasc. 3 y 4, 538, mayo-agosto de 1934.

<sup>3</sup> F. GRAEBNER, *Völkerkunde der Santa-Cruz-Inseln*, en *Ethnologica*, I, 71-184, Leipzig, 1909.

<sup>4</sup> RADIN, *The Method and Theory of Ethnology*, 78.

obtenerla. Igualmente su crítica a Graebner está dirigida muy principalmente contra el método cuantitativo que éste preconiza. Pese a ello, Radin no puede menos que subordinar su trabajo monográfico antes citado al criterio de cantidad. Claro es que estas dualidades de criterio, así como el tono apasionado de diatriba contra ciertos autores, y particularmente contra Graebner, fueron observados y tratados de explicar por diversos comentaristas, algunos tan vastamente conocidos como el evolucionista Marett <sup>1</sup>.

Desde el punto de vista de la utilización del criterio cuantitativo no hay más que una diferencia de radio de acción, de escenario, al que se aplique ese criterio entre Radin y Graebner. Así lo expresa, muy claramente, Koppers: « En consecuencia, la única diferencia que queda, en realidad, con el método de Graebner es que éste es de mayor alcance que el de Radin, pues busca el estudio de los entrelazamientos que pueden ser considerados posibles o necesarios de las regiones lejanas del mundo. ¿Por qué, entonces, toda esa exaltación de Radin cuando, finalmente, no hay más que una diferencia de matices y una distinción de grados en el criterio de ambos métodos? ».

Agreguemos, por nuestra cuenta, que las apreciaciones de Radin sobre el libro de Graebner dan, en ocasiones, la impresión de no haber comprendido totalmente el propósito esencial de aquél al escribir su *Metodología etnológica*, ni el contenido del libro mismo. Así, por ejemplo, cuando Radin escribe que Graebner quiere exponer en ese estudio « the laws that govern culture growth » <sup>2</sup>, estamos frente a un claro caso de incomprensión fundamental. Graebner no se propone en parte alguna exponer « las leyes que gobiernan el crecimiento de la cultura ». Su propósito es darnos el método para obtenerlas, pero no lo que Radin le atribuye.

Ciertamente el criterio de Radin suele ser bien simplista y su « ensayo en crítica », como en la parte que se refiere a la etnología en su período formativo y en su primera época, está escrito en un

<sup>1</sup> R. R. MARETT [nota bibliográfica], en *American Anthropologist*, XXXVI, n° 1, 116-118, New York, 1934.

<sup>2</sup> RADIN, *The Method and Theory of Ethnology*, 79.

estilo excesivamente libre, con palabras poco académicas y demasiado agresivas. Su criterio simplista le lleva, también, a razonamientos defectuosos, como aquel en que califica de « extremadamente cándida observación » un llano juicio del padre Schmidt respecto a las relaciones entre el *Manual* de Berheim y la *Metodología etnológica* de Graebner <sup>1</sup>. Aquí hay que suscribir la observación de Koppers, que no podía pasar por alto tan injustificada como poco cordial alusión a su maestro : « Por lo menos en este caso se ve en las páginas de Radin tan grande ingenuidad que huelga, efectivamente, todo otro comentario. Esto sólo se puede escribir cuando, naturalmente, no se ha comprendido bien ni a Berheim ni a Graebner » <sup>2</sup>. Por supuesto, el padre Schmidt, a quien se podrá atribuir muchas cosas menos el defecto de cándido, aplicó su crítica sagaz a Radin al poco tiempo <sup>3</sup>.

En el amplio repertorio de sus demasías verbales, Radin calificó de « effronterie » la forma en que Graebner asentaba las leyes que gobiernan el crecimiento de la cultura, y sostuvo que en esta « effronterie » radicaba la razón de su gran influencia en los círculos científicos de Alemania y de Austria. El término causó justificada indignación entre los cultores de la « escuela histórico-cultural » y tanto Koppers <sup>4</sup> como el padre Schmidt <sup>5</sup> lo rechazaron, remitiendo al juicio final de los lectores el saber a quién le correspondería, en definitiva, serle aplicado, o juzgándole, con razón, como inadecuado para una discusión crítica de temas científicos.

No es con adjetivos como pueden destruirse las doctrinas científicas. Por ello no es de extrañarse de que, pese a la predicción de Radin <sup>6</sup>, augurando la desaparición del método de Graebner, éste se mantenga aún incólume y su aplicación se realice todavía, entusiastamente, por los miembros de esa escuela.

<sup>1</sup> RADIN, *The Method and Theory of Ethnologie*, 80.

<sup>2</sup> KOPPERS [Juicio crítico citado, en *Anthropos*], 539, nota 3.

<sup>3</sup> SCHMIDT, *Fritz Graebner † Porträt*, 209-211.

<sup>4</sup> En el juicio bibliográfico, ya citado, de *Anthropos*.

<sup>5</sup> En la semblanza póstuma de Graebner : SCHMIDT, *Fritz Graebner † Porträt*, 210.

<sup>6</sup> RADIN, *The Method and Theory of Ethnology*, 165.

## VII

### LOS CICLOS CULTURALES EN AMÉRICA

Las culturas de los primitivos americanos tienen, en nuestro continente, manifestaciones especiales, que les son propias. Salvo el caso de la « cordillera de las altas culturas », de que habla Graebner, y aún dentro de ella, hay aculturaciones y superposiciones de cultura en un mismo territorio. Los pueblos no se muestran limpiamente agrupados en zonas culturales unidas territorialmente, sino que en este vasto marco geográfico las manifestaciones culturales se presentan con bastante frecuencia como islotes salpicados y rodeados de culturas diferentes, o como mezclas ya en funcionamiento social de elementos patrimoniales de diversas proveniencias.

No hay duda de que en estas mezclas el factor geográfico ha tenido, sin duda, una fuerza incontestable para la producción de la situación que actualmente los etnólogos comprueban. La forma misma del Continente Americano, con su estrecha « puerta de entrada » del estrecho de Bering e islas Aleutinas adyacentes — por la que, por vía de la Siberia oriental debe haber penetrado gran parte de la más primitiva población americana <sup>1</sup> — debe haber tendido a crear, desde lejanos tiempos, esta confusión que hoy señalamos. Las oleadas sucesivas de pueblos de culturas originariamente diferentes, que debían de marchar, sucesiva o contemporáneamente por el mismo sendero o por vías muy afines, ha determinado superposiciones de capas culturales desde los tiempos muy antiguos. El mismo estrechamiento ístmico, de la América Central, supone, necesariamente, otro punto de aproximación y de fricción, en tanto que el angostamiento de la América del Sur en su parte meridional, provoca, sin duda, nuevas situaciones de contacto, así

<sup>1</sup> Sobre todo lo referente a las teorías acerca del poblamiento primitivo de América, y a su bibliografía : FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Los Tokis (A propósito de un nuevo « toki » de la Araucanía)*, en *Notas del Museo de La Plata* (Antropología, nº 11), IV, 17-36, Buenos Aires, 1939.

como lo acumulación al más extremo sur de poblaciones muy primitivas que otrora ocuparon área mucho mayor y que fueron corridas y desplazadas hacia esa extremidad meridional del bolsón americano.

Las fuertes y continuadas corrientes migratorias, que caracterizan a pueblos como la gran familia tupi-guaraní, por ejemplo, no son una causa desdeñable de este conjunto de motivos aculturizadores. La necesidad de marchar por el camino predeterminado por el curso de los grandes ríos en la cuenca amazónica sobre todo, crea esa inextricable situación que plantea tantos problemas a los etnógrafos brasileños y a sus colegas extranjeros que trabajan en aquel terreno. Y otro tanto, por diversos motivos, ocurre en otras regiones de América.

Esta importancia de los factores geográficos, en toda su extensión, no ha pasado desapercibida para los fundadores de la escuela. Véase, al efecto, lo que expresa el padre Schmidt: « Las diversas almas y tribus y pueblos viven y entran en contacto entre sí en la juxtaposición del espacio, influyéndose de este modo. La etnología, por consiguiente, es también una *ciencia del espacio*, es decir, ciencia geográfica, pero no sólo en el sentido de la geografía física pura, de manera que haría conocer las influencias de la tierra física y de sus diversos factores (clima, tierra, flora, fauna) sobre el hombre, sino también y, en más alto grado, una ciencia en el sentido de la antropogeografía, es decir, representa igualmente las influencias ejercidas por los hombres de los diversos espacios terrestres sobre la tierra. En este sentido es muy significativo que Ratzel, el creador de la antropogeografía, llegó a ser asimismo uno de los iniciadores de la etnología histórico-cultural »<sup>1</sup>.

Innecesario parecería volver a considerar aquí la fuerza modeladora del ambiente geográfico sobre esas poblaciones invasoras, establecidas en América. « No es necesario insistir acerca de la

<sup>1</sup> SCHMIDT (con contribuciones de KOPPERS), *Manual del método de la etnología histórico-cultural* (traducción española manuscrita), *Introducción*, 3. *La etnología como ciencia del espíritu, del espacio y de la historia*; W. SCHMIDT y W. KOPPERS, *Völker und Kulture*, 25, Regensburg, 1924.

influencia que el medio ambiente ejerce en el desenvolvimiento histórico y cultural de los agregados humanos que lo habitan. Esta influencia es tanto más notoria cuanto más inferior es el estado cultural de cada pueblo, vale decir, cuanto menor es su capacidad de reacción y de modificación del medio ambiente » <sup>1</sup>.

Quizás esta configuración especial de América, este estrechamiento de su principal « puerta de entrada » — sin desdeñar el salpicado arribo de elementos polinésicos y aun indonésicos a las costas occidentales de nuestro Continente <sup>2</sup> — y estas marchas y contramarchas internas de algunos pueblos, hayan provocado el hecho etnológico al que hay que hacer frente: los tres ciclos culturales más antiguos del Viejo Mundo forman un conglomerado en el Nuevo Mundo, refundiéndose en uno solo <sup>3</sup>.

Igualmente aculturado se encuentra el ciclo totémico y la prueba más clara de esa aculturación la tenemos en la forma del remo: la forma pura — de mango liso y adorno en el extremo superior y de pala de lanceta se encuentra aquí parcialmente modificada. Conservando la pala de lanceta, propia de esa cultura, adquiere en la zona amazónica, la terminación del extremo superior en forma de muleta, que es, a su vez, propia de la cultura de derecho materno libre o cultura melanésica del arco. Y, en otros casos — trumai, bacairi, melinacu, camayura, de las márgenes del río Xingu —, el remo de bordes paralelos es sospechado por Schmidt y Koppers como perteneciente a la cultura de dos clases <sup>4</sup>.

Otro tanto ocurre en el área de las grandes culturas del noroeste y medio oeste de Sud América que, en su conjunto, se denomina habitualmente cultura andina, aunque sea la resultante de la agrupación cronológica y espacial de diversos estados primitivos, algu-

<sup>1</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El problema arqueológico sanjuanino a comienzos del siglo XVII*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, Universidad Nacional de Cuyo, I, 107 [Buenos Aires], 1940.

<sup>2</sup> Lo que, a su vez, habría significado la aportación de culturas de derecho paterno libre, representadas por escasos elementos del acervo patrimonial americano: SCHMIDT y KOPPERS, *El Método Histórico-Cultural*, 173.

<sup>3</sup> SCHMIDT y KOPPERS, *El Método Histórico-Cultural*, 164.

<sup>4</sup> SCHMIDT y KOPPERS, *El Método Histórico-Cultural*, 167.

nos de los cuales, como el de los Incas, llegó a totalizar políticamente a varios de los pequeños reinos costeros anteriores. Desde el punto de vista de la escuela histórico-cultural, los pueblos integrantes de la cultura andina han sufrido el resultado de otra aculturación. « Se apoya en la totemista en sus rasgos principales, pero se han agregado también a ella elementos de la cultura exogámica de derecho materno de dos clases que se han mezclado por todas partes con la totemista. Esta última manifiesta su mayor edad en el hecho de que está mejor representada en el sur, mientras que la exogámica de derecho materno se ha difundido con más fuerza en los pueblos del norte. Y, al contrario, hace [*sic*] falta o se presenta sólo a trechos la más nueva de derecho materno libre o melanésica del arco » <sup>1</sup>.

Por todo ello, pues, el examen de los ciclos culturales americanos se torna difícil y es menester, en cada caso particular, discriminar lo que corresponde a cada cultura en el inventario patrimonial de todo agregado humano.

## VIII

### CICLOS CULTURALES Y MÉTODO DE INVESTIGACIÓN ETNOLÓGICA

Ante todo, el que crea encontrar en la *Metodología etnológica* de Graebner referencia directa a su sistema de ciclos culturales, perderá su tiempo. El sistema de los ciclos está estructurado, según hemos visto, desde 1904 y este libro es de 1911. Quien le busque, orgánicamente, expuesto aquí, sufrirá una gran desilusión. Así lo reconoce el fundador de la rama austríaca de la escuela: « Graebner se atiene estrictamente a la meta principal que se ha propuesto, es decir, trazar un camino, un método para poder captar las relaciones culturales de los pueblos sin escritura, en la yuxtaposición del espacio, en la sucesión del tiempo y en su conexión causal; pero no ofrece una exposición de la cultura misma » <sup>2</sup>. Sin

<sup>1</sup> SCHMIDT y KOPPERS, *El Método Histórico-Cultural*, 168-169.

<sup>2</sup> SCHMIDT (con contribuciones de KOPPERS), *Manual del método de la etnología histórico-cultural* (traducción española manuscrita), *Prefacio*.

embargo, no es posible decir que Graebner no contemple a cada paso, a los ciclos de las culturas oceánicas, ni que deje de tenerles en cuenta. Su sistema de ciclos está implícito en numerosas páginas, aunque no se lo presente como un todo orgánico.

Esta forma dispersiva no facilita, por cierto, su conocimiento, y el lector común, sin previa erudición etnológica, podrá atravesar sus páginas sin imaginarlo o, acaso, sólo intuyendo algunos atisbos en alguna alusión algo más directa. Pero es evidente que, concluída la lectura, no habrá alcanzado el conocimiento de la arquitectura de esos ciclos ni del complejo armazón de pruebas en que se pretende respaldarla <sup>1</sup>.

Por otra parte, esto no será excesivamente lamentable. El sistema de Graebner, concebido con el conocimiento parcial casi puramente oceánico, del universo de los pueblos primitivos, ha sido superado y aún los continuadores de la escuela (al menos los de la rama austríaca, que son actualmente los de actividad más notoria) han abandonado públicamente muchos de sus postulados.

Este libro es importante por otras razones. *Metodología etnoló-*

<sup>1</sup> El mismo Schmidt, en el prefacio de un libro escrito después de la muerte de Graebner, afirma que « la formulación de Graebner, en su forma a menudo demasiado sintética, que muchas veces pasa por alto los eslabones y que carece de claridad exterior, era difícil de estudiar incluso para alemanes, mientras que para no alemanes quedaba muchas veces completamente inaccesible : SCHMIDT (con contribuciones de KOPPERS), *Manual del método de la etnología histórico-cultural* (traducción española manuscrita), *Prefacio*, párrafo inicial. De la misma manera, ya en su crítica primera, formulada en la época de la aparición de la *Metodología etnológica* de Graebner, el mismo padre Schmidt expresa, entre otros reparos que formula a esta obra, lo siguiente : « El hecho de que para algunos ofrezca dificultades de comprensión, se debe, en parte, a que son efectivamente ideas nuevas que aquí deben de tener su principio. En parte es también culpa de la forma abstracta que rodea a casi todas las exposiciones metodológicas. Esta última puede, en alto grado, ser disminuída por la intercalación de numerosos ejemplos. También en el resto del trabajo de Graebner estos ejemplos nos conducen a una justa comprensión, pero habría sido de desear que ellos hubieran sido mucho más numerosos » : SCHMIDT, *Die Kulturhistorische Methode in der Ethnologie*, 1026. Y agrega todavía : « muchas otras cosas deja de desear la ordenación exterior de todo su material. Un trabajo que quiere ser de ciencia metódica debería ser metódico, también, en la forma externa » (*Ibid*).

*gica* muestra el camino para alcanzar el conocimiento de la verdad, los métodos de desentrañarla, de no dejarse frustrar ni desorientar por un falso miraje, de reconocer las falsificaciones, de instalar el material recogido dentro de las series adecuadas, luego de haberlo comprobado como auténtico gracias a los exámenes que allí se detallan. Eso es lo que hallará en él el lector de buena fe y eso es lo que asegura a la obra su importancia definitiva en el campo de la bibliografía etnológica.

## IX

### ETNOLOGÍA E HISTORIA

Veamos, ahora, la importancia y significación de *Metodología etnológica*, que es, a no dudarlo, una de sus obras capitales y, aún, una de las obras capitales de la bibliografía etnológica del presente.

Desde luego este « áureo libro » — como con grande acierto lo calificara Imbelloni al recordarle<sup>1</sup> —, vino a llenar, en su hora, un vacío casi inexplicable en la bibliografía etnológica. La etnografía contaba con un acerbo bibliográfico abundante y hasta con algunas obras escritas ya con cierto rigor metodológico, pero aun en éstas la corrección metodológica de su contenido fincaba más bien en el vigor lógico y en la finura de observación de los autores, y no en la observancia previa de normas especiales. Era el resultado de una ecuación personal, íntima, de los redactores del trabajo, antes que la determinación apriorística de reglas de conducta. Por ello — y aun en relación a esa minoría selectísima — era de absoluta necesidad y de seguro beneficio científico la aparición de un manual que esquematizara los procedimientos y mostrara los errores. De ahí el interés resonante de este libro de Graebner desde el instante de su aparición.

Él mismo ha definido esa situación previa a 1911 al expresar que « en la bibliografía etnológica aparecida hasta hoy, sólo raramente

<sup>1</sup> IMBELLONI, *Epítome de culturología*, 39.

se manifiestan en forma clara principios metódicos »<sup>1</sup> y que no sólo « una metodología general, recopilatoria, de la etnología », no existía hasta la fecha<sup>2</sup>, sino que « si en alguna parte puede verse falta de estudios independientes de crítica de fuentes, será seguramente en nuestra disciplina »<sup>3</sup>. Podían muy bien no advertirlo los *etnógrafos puros*, aquellos que jamás habían frecuentado otra disciplina científica sujeta a la necesidad de la búsqueda, lo más estricta posible, de la relación causal de los sucesos, pero, como él agrega, « quien como yo llegare a la etnología desde la historia, más precisamente de la historia medioeval, tenía que espantarse ante todo de la falta de método — carencia de disciplina podriase más bien llamarla — de la joven ciencia »<sup>4</sup>. Por eso, como ya lo he anticipado, no es indiferente la trayectoria de sus estudios anteriores que predetermina su formación mental y las exigencias imperativas que su inteligencia reclama al enfrentarse con un nuevo campo de acción al que ha de permanecer fiel por el resto de su vida.

Su llegada desde la historia, al hacerle tener siempre presente lo que en ella ocurre para comparar la situación con lo que acontece en etnología, va a dejar en su obra una huella profunda. Por que ha sido historiador ha podido observar el *hiatus* metodológico en la formación de la primera ; por lo mismo ha de reclamar en todo instante la captación del fenómeno a estudiarse « en su verdadera condicionalidad causal<sup>5</sup> » y no en forma esporádica o aislada. Todo su sistema ha de surgir de esa necesidad lógica. Por llegar de la historia toma como norte a otro « libro áureo », el *Lehrbuch* de Bernheim, ya que « pertenece la historia a las ciencias mejor trabajadas siste-

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 12.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 7.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 62.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 14.

<sup>5</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 10-11.

máticamente »<sup>1</sup> y las alusiones a las normas históricas (crítica externa e interna del documento, reconocimiento de las falsificaciones, etc.) y las soluciones sabiamente preconizadas por Bernheim han sido utilizadas « sistemáticamente, para hacer resaltar claramente el paralelismo » existente entre la historia y la etnología<sup>2</sup>. Más aun, la semejanza del material humano con que se trabaja y de los problemas que se plantean, « hace que nuestra disciplina pueda y deba ser considerada, tanto objetiva como formalmente, como una rama de la ciencia histórica »<sup>3</sup>.

En realidad, como expresa Feder en una obra bastante posterior a la *Metodología etnológica*, la metodología de la historia puede ser definida, con propiedad, como « la ciencia que nos proporciona, además de las exposiciones teóricas la suma sistemática, científicamente fundada, de indicaciones para examinar los hechos históricos, según el *grado* de su testimonio, según su *valor* y su *conexión* interior »<sup>4</sup>. Pero ya acabamos de ver cual es el concepto de Graebner respecto del parentesco de los hechos históricos y los hechos etnológicos. Otro tanto opina el padre Schmidt, quien mantiene el concepto hasta nuestros días. Para él, los hechos etnológicos constituyen, de por sí, hechos históricos; « por consiguiente, nada nos impide adoptar la misma definición también para la metodología etnológica »<sup>5</sup>. Esto es, precisamente lo que hace Graebner en su obra, al seguir las normas metodológicas que Bernheim — el metodólogo de su tiempo — había implantado para la historia.

De ahí que todo el capítulo II, dedicado a la crítica de fuentes, sea — en buena parte — una trasposición a la etnología de normas

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 10.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 10.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 10.

<sup>4</sup> A. FEDER, *Lehrbuch der geschichtlichen Methode*, 19, Regensburg, 1924.

<sup>5</sup> SCHMIDT (CON CONTRIBUCIONES DE KOPPERS), *Manual del método de la etnología histórico-cultural*, traducción manuscrita en español, *Introducción*, 6 a.

por cierto ya harto familiares a los historiadores. Como expresa certeramente Graebner : « La metodología científica comienza, en rigor, con la crítica ; el acopio del material, la presupone » <sup>1</sup>. Pero, ¿ cómo ha de verificarse la tarea de recolección ? ¿ Qué condiciones de observación y de autocrítica ha menester el observador de los fenómenos etnográficos ? Graebner contesta : « Nada más falso que la suposición gratuita de que un hombre dotado de sólo una gran capacidad receptora y de toda la rutina técnica que se quiera, esté capacitado para el aporte de material científicamente inobjetable. Al contrario, él ha menester de todas las artes de la crítica, no sólo frente al material por él mismo aportado, sino que también en todo lo que se refiera a sus mismas observaciones ; tarea ésta que, naturalmente, lleva aparejadas grandes exigencias no solamente a la fuerza intelectual del investigador, sino también a su fuerza moral » <sup>2</sup>. Una investigación exhaustiva de todos los datos posibles, una combinación adecuada de los mismos, una selección certera del área geográfica a investigar — ni demasiado estrecha que impida toda asociación con otros ámbitos que muestre variaciones y contrastes, ni demasiado amplia que excluya la posibilidad de una concentración profunda sobre sus características, — una comprobación crítica de todos y cada uno de los elementos recogidos, serán recaudos indispensables a todo verdadero investigador.

Así como la historia trabaja casi exclusivamente con documentos y relega los demás restos a un segundo plano — recuérdese la frase « No hay historia sin documentos » con que se inicia el difundido manual de Langlois y Seignobos, — la etnología invierte los términos y concede a los que Graebner llama « testimonios directos », es decir, a los vestigios de la cultura material, una importancia de primer plano. Ello no empece que también sean utilizadas, y a veces en grado eminente, las fuentes literarias, las relaciones, aunque, en general, su empleo en el conjunto de la monografía et-

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 16.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 17.

nográfica se haga en forma subsidiaria. Su utilización será predominante en uno u otro campo de la vida: los « testimonios directos » acreditarán casi siempre hechos referentes a la cultura material, en tanto que las relaciones se utilizarán sobre todo para ilustrar el campo de la vida espiritual <sup>1</sup>. Aunque, como ocurre en arqueología, en caso de conflicto, bastará el hallazgo del vestigio para invalidar a la fuente literaria. Y aunque las más importantes de estas fuentes — al menos en lo que respecta a América — comportan, también, una importante suma de datos respecto a la cultura material.

## X

### INSUFICIENCIA EN EL CONOCIMIENTO DE LOS PROBLEMAS ETNOGRÁFICOS AMERICANOS

Antes de pasar adelante, se hace necesario puntualizar uno de los puntos débiles del magnífico esfuerzo de Graebner, especialmente para los lectores sudamericanos, punto que, sin duda, a él mismo no se le ha escapado y que, indirectamente, prueba su magnífica buena fe: me refiero a su casi total, pertinaz, olvido de todo lo que se refiere a los « pueblos naturales » de América y, particularmente, de América del Sud. Graebner ha trabajado, según propia declaración, ejemplificando con « aquella parte de material etnológico que personalmente me es más familiar, esto es, de la etnología de Oceanía » <sup>2</sup>.

Esto, metodológicamente es inobjetable, máxime cuanto que el autor postula un examen crítico minucioso de cada testimonio y no podría verificarlos faltándole capacidad profesional para juzgar del grado de veracidad de las interpretaciones de sus colegas acerca de los múltiples hechos etnográficos que va luego a pasar en revista

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 21.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 12.

o sobre los que va a asentar sus conclusiones etnológicas <sup>1</sup>. Pero, naturalmente, esto confiere a su libro una cierta unilateralidad, que las espaciadas referencias a circunstancias de la etnografía americana, que de tanto en tanto recuerda bajo el respaldo de la autoridad de algunos colegas, no alcanza a disipar.

De América, las noticias son sólo atingentes a determinadas culturas : para la América del Norte, tal cual referencia a indios del noroeste norteamericano o a las tribus de Alaska (referencia de Boas) o a las culturas aztecas o maya (a través, preferentemente, de Lehmann o de Seler) o a los modernos indígenas mejicanos (con directa intervención de Preuss) y los indios pueblos (con las reiteradas menciones, pese a la ya por entonces abrumadora bibliografía, de Eickhoff y Krause, que no eran, por cierto, las autoridades más sobresalientes, aunque sí, posiblemente, las más gratas por razones de idioma...); para la América del Sud, algún dato sobre patagones o fueguinos (con intervención de Lehmann-Nitsche), o sobre indígenas del Río Negro <sup>2</sup> (a través de Ehrenreich) o del Ucayali (gracias a Max Schmidt) o a los bororós u otros pequeños y aislados agregados amazónicos (merced a Krickeberg). Vale decir, en todos los casos, de autores de origen germánico y a través, casi unánimemente, de la bibliografía alemana.

Y si esto puede ser interesante, para el lector sudamericano, por acercarlo a fuentes generalmente alejadas de su conocimiento (me refiero, naturalmente, al lector medio a quien va dirigida esta nueva edición de la Universidad Nacional de La Plata y no al

<sup>1</sup> Él mismo lo reconoce así, al expresar, frente a los intentos de Preuss de « inferir la interpretación de las antiguas representaciones religiosas — y naturalmente también de las otras demás fuentes, — de las ideas y usos de los actuales indios del área de cultura mexicana », que « En qué medida han tenido éxito, en detalle, las interpretaciones ensayadas, me es imposible juzgarlo » : GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 95 y nota 15.

<sup>2</sup> Hasta la rectificación magistral de que la designación de « Alto Amazonas », para cierto tipo de remo, debe ser reemplazada por la de « Río Negro », es debida a otro autor alemán, a Koch-Grünberg : GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 47-48, nota 21.

especialista que frecuenta a la bibliografía de ese origen como a las demás europeas), no es menos cierto que, a cada instante, se hace notoria esa unilateral (y, lo que es peor, muy breve) información.

En pocos momentos esta falta de información se hace más notable que cuando — a continuación de una cita de la actitud del español Quirós, incitando a las autoridades de su país a poblar las Nuevas Hébridas — recuerda el hecho contrario (« caso este que no es precisamente raro en la historia de la colonización »<sup>1</sup>) de los conquistadores de un país que pintaban a los naturales de una región bajo las peores luces posibles para justificar sus propios procedimientos. Quizás en parte alguna como en la América española estos ejemplos pululan y, sin embargo, Graebner pasa sobre ello, sin ofrecer ejemplo alguno.

En cuanto a la unilateralidad de la información, a excepción de la bibliografía inglesa, que es citada, aunque casi siempre en forma subsidiaria, el resto de los países europeos es casi como si no tuviesen cultores de los estudios etnográficos, ni fuentes históricas que al Nuevo Mundo se refieran.

Valga este silencio para España y para el Portugal modernos (aunque no debiera haberse olvidado de todas las relaciones de la conquista americana, que forman un *corpus* absolutamente insustituible para el conocimiento de los « pueblos naturales » de nuestro Continente). Sea admitido hasta para Italia, aun cuando cultores del conocimiento de América, en la primera hora, como Pietro Martyr de Angleria (o Anglera, o Anghera) no merezcan ser dejados para siempre en el olvido. Pero, ¿ cómo sería posible aceptarlo para Francia que, desde los relatos de Jacques Cartier, Samuel de Champlain y el sacerdote Gabriel Sagard, se ha interesado por el conocimiento de la *Nouvelle France y le pays des Hurons*?<sup>2</sup>. ¿ Cómo

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 67.

<sup>2</sup> *Trois voyages au Canada, Jacques Cartier, 1524 et 1536, Samuel de Champlain, 1608 et 1611, et frere Gabriel Sagard, 1624, illustrés de documents anciens et publiés par Bertrand Guégan, en Collection voyages et découvertes, Paris, s. d.*

podríamos estudiar a los tupi-guaraní y a otros pueblos guaranizados, si prescindiéramos de los relatos de los primeros misioneros franceses? Jean de Lery, Thevet, D'Evreux, componen una trilogía (completada, como la de los mosqueteros de Dumas, por el holandés Staden), cuya compulsión recíproca, cotejo, rectificación y valoración crítica, se impone en cada caso. Se trata de fuentes insustituibles para el conocimiento de la vida espiritual y material de los antiguos habitantes del Brasil, al mismo título que los relatos de españoles como Cieza de León, como Polo de Ondegardo, Sarmiento de Gamboa, Montesinos y tantos otros varones ilustres, lo son para las cosas del viejo Perú.

Pero este olvido, en el caso de Francia, se prolonga y se ahonda, por el desconocimiento, al parecer casi absolutamente total, de las investigaciones etnográficas francesas modernas. Esto es, al menos, lo que trasciende de los pie de página, que transcurren sin que la bibliografía francesa sea recordada casi para nada. No olvidemos que, apenas al comenzar su libro, Graebner anota, en una injusta generalización, extraña en quien postula la minuciosa verificación de todos los dichos, que la crítica de fuentes « no está muy desarrollada en Francia »<sup>1</sup>, palabras que no correspondían, ni entonces, ni ahora, con la realidad, máxime para ser dichas por quien venía a la etnología del campo de la historia y, aun más estrictamente, de la historia medioeval. En realidad, este silencio rezuma más bien un visible desdén por lo francés, netamente germánico. ¿Cuándo se recuerdan los volúmenes escritos en la lengua de Francia? Es sintomático que sea para señalarles como ejemplo de « novelas etnológicas o de viajes » — « cuyo principal desarrollo han encontrado, como no se ignora, en tierras americanas »<sup>2</sup> campo propicio — y cuyos contenidos « naturalmente no constituyen un objeto de la crítica científica, ya que si bien pueden utilizar, en el mejor de los casos, material etnográfico, no pueden pretender

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 8, nota 3 de la anterior.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 53 y nota 1.

contener datos objetivos, independientes » <sup>1</sup>. Aparte de esa cita, casi no se hace otra en el libro <sup>2</sup>, como no sean las de el belga Van Gennep, con quien Graebner no suele estar de acuerdo.

No se trata de que reprochemos a un autor, que escribe en 1911, la ya hoy notoria antigüedad de su bibliografía. La modernización de las fuentes implicaría un esfuerzo serio y hasta exigiría alguna parcial rectificación. Pero quizás nos sentiríamos más satisfechos, los sudamericanos, si algún autor de este origen hubiese sido conocido y apreciado por nuestro, sin embargo, muy erudito autor, tal como para recordarlo en alguna de sus notas tan sapientes y críticas. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones. Recién ahora los europeos comienzan a advertir que el americanismo puede llegar a ser seriamente objeto de estudio de los americanos. El desarrollo y la moderna orientación de los propios Congresos Internacionales de Americanistas — que nacieron en 1875 como un torneo intelectual de eruditos europeos en tierras de Europa, que desde 1895 se desplazaron, alternando sus sedes en Europa y América, y que tienden ahora a no interrumpir sus funciones por los problemas europeos y a continuar sus sesiones en el Nuevo Mundo hasta que las circunstancias permitan al Viejo volver a ocuparse de especulaciones puramente científicas en un ambiente de concordia <sup>3</sup> — da ya una pauta acerca de la curiosidad creciente de América por conocerse a sí misma y de la capacidad científica obtenida por sus hijos para lograrlo.

En otra obra de vasta interpretación y síntesis de los fenómenos históricos — obra que causó enorme sensación al aparecer y que

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 54.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 99, nota 20; 133, nota 22.

<sup>3</sup> La subsesión limeña del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, reunida en setiembre de 1939, acaba de declarar — por expresa delegación de México, donde se verificaba el resto de la reunión — que la próxima sesión se celebrará en Santiago de Chile, en 1941, si Francia, que lo había solicitado, no está en condiciones de convocarlo a comienzos de 1940. Los infaustos sucesos, que hoy se desarrollan en Europa, hacen imposible ya toda opción.

confirió a su autor nombradía universal y meteórico brillo —, en *La decadencia de Occidente*, de Ostwald Spengler, se advierten estos mismos puntos débiles. La alucinadora sapiencia del escritor en casi todos los campos del conocimiento histórico, finca, sobre todo, en la bibliografía alemana y falla al encarar los problemas de los pueblos primitivos americanos como lo hiciera notar, justamente, en su voluminosa crítica, Quesada <sup>1</sup>. De ahí que en sus frecuentes ejemplificaciones y en sus novedosas y, a veces, sorprendentes comparaciones o enfrentamientos de culturas, el fenómeno americano resultara traído a cuento sólo por excepción. Parece, pues, una actitud propia de estos pensadores europeos frente al panorama americano, actitud que, si bien debilita los fundamentos de erudición de sus libros, no hace al fondo mismo de las obras, que por ser — en uno y otro caso — de índole general, consienten, aunque no justifican, cierta debilidad en la argumentación o en la prueba parcial.

Esta situación exigiría un remozamiento de las probanzas aportadas por Graebner y, particularmente, un aumento de la ejemplificación con casos relativos a fenómenos sudamericanos, que adapte este libro germano a su nuevo público. Es lo que vamos a intentar — aunque en pequeña escala — como personal aporte a este esfuerzo editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

## XI

### AUTENTICIDAD, IMITACIÓN, FALSIFICACIÓN

Punto interesante — y en cierta manera principal — sino del método, del libro, de Graebner, es el referente a los criterios a seguir para la fijación de la autenticidad de los vestigios.

La mejor garantía de la autenticidad de éstos es haber sido recogidos por colectores hábiles, honestos y especializados. Tales condiciones constituyen el *desideratum*, pues, de esta manera, cada

<sup>1</sup> ERNESTO QUESADA, *La sociología relativista spengleriana*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XLVI y XLVII, 138-139, 542, 555, 706-708, Buenos Aires, 1921.

objeto recogido llegará a las colecciones acompañado de una certificación adecuada del lugar y condiciones del hallazgo. Desgraciadamente, los vestigios así recogidos, con tan plenos recaudos de autenticidad, constituyen una ínfima minoría con respecto al total de las colecciones de que suele disponer un Instituto. Aun en Museos de primer orden, es difícil contar con ellos, en tanto que, a veces, los materiales con documentación deficiente, o no documentados, forman *corpus* imponentes por su número (tal ocurre, por ejemplo, con la muy numerosa Colección Zabaleta, antigüedad del noroeste argentino, que posee el Museo Argentino de Ciencias Naturales y que, pese a comprender ejemplares sumamente interesantes, ve disminuía considerablemente su importancia y el valor y posibilidades de su estudio por no contar con documentación de origen). Frente a esta situación común, constituyen excepciones brillantes la Colección Muniz Barreto, formada también en su inmensa mayoría con material del noroeste argentino, y de que dispone el Museo de La Plata <sup>1</sup>, así como las colecciones más modernas — tanto arqueológicas cuanto etnográficas — formadas por los jefes de los tres principales museos argentinos.

Naturalmente, no hay que confundir documentación con autenticidad. Puede haber materiales sin mayor documentación — como las colecciones que en el período heroico de la formación de nuestras « ciencias del hombre » agrupó en nuestro Museo de La Plata, Francisco P. Moreno — sin que ellas dejen traslucir dudas respecto de su autenticidad, para el ojo experimentado del especialista. Es allí donde el criterio del estudioso para analizar el material, la técnica, y especialmente la forma, deja notar su influjo. El conocedor advertirá la autenticidad de la pieza, casi de manera intuitiva, por un proceso rápido de discriminación y comparación mental de ella con las otras series por él conocidas. No es menos cierto, que habrá falsificaciones tan bien hechas, incluso recurriendo al proce-

<sup>1</sup> Acerca de la importancia de dicha Colección, y de la documentación que la acompaña, ver : LUIS MARÍA TORRES, *Las colecciones arqueológicas de Benjamín Muniz Barreto depositadas en el Museo de La Plata*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 195-198, Buenos Aires, 1934.

dimiento del moldeaje de las piezas (como ha ocurrido con antiguas cerámicas peruanas) que el experto sólo podrá reconocer la falta de autenticidad recurriendo al peso específico de la pieza. Inversamente, podrán existir materiales remitidos con una documentación auténtica, pero que no sea la que auténticamente les corresponda. Es el caso, asaz frecuente, de los trastrocamientos de piezas dentro de las grandes colecciones, de los que ningún Museo está totalmente libre, pues a menudo se deben a manipulaciones del material hechas por personal secundario. Podrán, asimismo, existir materiales que posean documentación auténtica, pero que no sean auténticos, es decir, que un colector o poseedor inexcusable haya reemplazado por imitaciones o falsificaciones: esto suele ocurrir en los casos en que la recolección ha sido hecha por « guaqueiros » inexcusables que se benefician de la ignorancia arqueológica o etnográfica del cliente para hacerle aceptar, como material legítimo, piezas innobles. Por último, existirán materiales falsificados, con una documentación no auténtica. En estos últimos casos, el mismo carácter burdo de la maniobra excluye, por lo común, que ésta pueda afectar a los centros de estudio: su ámbito suele ser el de las pequeñas colecciones particulares y sus víctimas quienes padecen del *hobby* coleccionador.

Como Graebner lo establece, hay que distinguir las falsificaciones de las imitaciones, aunque metodológicamente haya que tratarlas igual, ya que no podrían ser considerados como verdaderos testimonios etnológicos<sup>1</sup>. Las imitaciones de telas araucanas, o de fajas peruanas y bolivianas, que — teñidas con anilinas alemanas — se fabrican a máquina, por millares de metros en aquel país y se traen a América del Sud para ser vendidas en los lugares presuntamente de origen (Temuco en Chile, Cuzco en el Perú, La Paz en Bolivia) para regocijo de inocentes turistas patrocinados por Cook-Wagons-Lits, son un bello ejemplo contemporáneo de imitación industrial que cuenta, de antemano, con la tontería, la ingenuidad, la ignorancia y la buena fe del comprador.

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 24

Graebner distingue, con razón, de estas imitaciones extranjeras, « aquellas modernas imitaciones de productos auténticos y originales que, a pesar de que en rigor sean indígenas, son frecuentemente elaborados industrialmente bajo el influjo de la demanda europea »<sup>1</sup>. Es el caso, que he presenciado personalmente, de la fabricación de objetos de plata (*trapelacuches* o prendedores pectorales y *trailoncos* o adornos del cabello) que fabrican los araucanos modernos en sus *rucas* vecinas a Temuco. Otro caso de comprobación personal es la fabricación de pequeñas estatuillas hechas a cortapluma en piedras blandas, a imitación de los monolitos más conocidos (especialmente de « El Fraile »), que los indiecitos de Tiahuanaco realizan con gran habilidad y excepcional premura. Ambas categorías de objetos son motivo de un activo comercio que se realiza, en el primer caso, merced a los « bolicheros » turcos de la ciudad chilena y, en el segundo, por tráfico directo con los turistas, sin intermediarios.

El criterio de las diferencias de aleación, que Graebner menciona como indicio cierto para el reconocimiento de falsificaciones o imitaciones de piezas de metal<sup>2</sup>, no rige, para muchos casos, en la América del Sud. Basta recordar las oscilaciones del porcentaje de aleación registradas en series de instrumentos iguales, de origen diaguita<sup>3</sup>. Otro tanto ocurría con sus vecinos septentrionales, los omaguacas. Tal diversidad de aleación, resultante de los procedimientos empíricos en boga, caracterizó al llamado « bronce calchaquí »<sup>4</sup>.

En las alfarerías, a la observación de « la manera y grado de cocción, la presencia y particularidades del barniz »<sup>5</sup>, que Graeb-

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 25.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 29.

<sup>3</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 333-335, Buenos Aires, 1936.

<sup>4</sup> JUAN B. AMBROSETTI, *El bronce en la región calchaquí*, Buenos Aires, 1904.

<sup>5</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 28-29.

ner preconiza, corresponderá agregar, en ciertos casos, el examen de la composición misma de la arcilla, por medio del microscopio. en la forma realizada por Linné y Serrano, para alfarerías especialmente amazónicas y del litoral argentino, respectivamente <sup>1</sup>. Las fallas de estilo, en la copia de los temas ornamentales y la « proliferación ornamental con pretensiones de autenticidad de estilo » <sup>2</sup>, que nuestro autor advierte como esencial en las falsificaciones, encuentra su ejemplificación en ciertas cerámicas de Arroyo Leyes <sup>3</sup>, de algunas de las cuales Frenguelli ha demostrado la confección fraudulenta, evidente y no contradecible <sup>4</sup>. A algunas de esas piezas, que he tenido oportunidad de tener entre las manos cuando aun no habían llegado a examen (y aprobación) de peritos bonaerenses, podrían aplicárseles las siguientes palabras: « Esta fantasía creadora opera lo más desenfrenadamente, como es natural, allí donde se trata de echar al mercado tipos completamente nuevos de regiones poco conocidas » <sup>5</sup>. Una flor con su tallo y ciertas figuras hechas para insertar las unas en otras, que recuerdo, merecerían, entre otras, especialmente esa mención.

A los datos que Graebner nos da <sup>6</sup>, respecto de la influencia europea en los « pueblos naturales », cabe agregar, en primer térmi-

<sup>1</sup> S. LINNÉ, *The technique of South American Ceramics*, en *Göteborgs Kungl. Vetenskaps-och Vitterhets-Samhälles handlingar, Fjärde följdén*, XXIX, 5, Göteborg, 1925; S. LINNÉ, *Contribution a l'étude de la céramique sudaméricaine*, en *Revista del Instituto de Etnología*, II, 199-232, Tucumán, 1932; ANTONIO SERRANO, *Observaciones sobre la alfarería de los médanos de Colón*, *Memorias del Museo de Paraná, Arqueología*, 6, Paraná, 1933.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 31.

<sup>3</sup> FÉLIX F. OUTES, *El arte de los aborígenes de Santa Fe*, 7-12, Buenos Aires, 1935.

<sup>4</sup> JOAQUÍN FRENGUELLI, *Falsificaciones de alfarerías indígenas en Arroyo de Leyes (Santa Fe)*, en *Notas del Museo de La Plata (Antropología, n° 5)*, II, 53-80, Buenos Aires, 1937.

<sup>5</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 31.

<sup>6</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 38-39.

no, la influencia misionera que, luego de la Conquista, produjo una intensa « quichuización » y otra no menos fuerte « guaranización » idiomáticas, como consecuencia de la utilización de ambos idiomas, como *lingua general*, a los efectos proselitistas <sup>1</sup>. Un caso de grosera conjunción de cultos — católico y gentil — puede observarse, todavía, entre los chipayas de Carangas, estudiados por Métraux <sup>2</sup> y por Posnansky <sup>3</sup>. Y entre los urus, de la desembocadura del Desaguadero, en la pared misma de su iglesia católica, habitualmente cerrada, se ha grabado el — para ese autor — ancestral « signo escalonado » <sup>4</sup>. Cuando los sacerdotes de el Cuzco, según yo lo he visto, proceden a decir sus misas ante un auditorio indígena que ha conducido a la iglesia sus carneros y ovejas adornados de cintas rojas, en una fecha dada, admiten una simbiosis curiosa entre el culto católico y los ritos paganos de reproducción.

En todo el noroeste argentino el culto católico, arraigado en el elemento popular, está mechado de reminiscencias paganas, residuo de las antiguas prácticas idolátricas. Tal es su fuerza de pervivencia que, en realidad, sería más ajustado a lo cierto decir que el catolicismo no ha hecho, en muchos casos, más que recubrir con un manto formal el antiguo y ancestral paganismo. Y este manto resbala al menor pretexto, dejando al desnudo la verdadera esencia anticristiana de los estratos profundos del alma colectiva indígena. Así ocurre, por ejemplo, en los valles calchaquíes, en donde el

<sup>1</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, en *Historia de América* (dirigida por Ricardo Levene), II, 192-193 y 270-271, Buenos Aires, s. d. [1940].

<sup>2</sup> ALFRED MÉTRAUX, *Chipayaindianerna*, Göteborg, 1932; ALFRED MÉTRAUX, *L'organisation sociale et les survivances religieuses des indiens Uro-Chipaya, de Carangas (Bolivie)*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, I, 198-199, Buenos Aires, 1934; ALFRED MÉTRAUX, *Les indiens Uro-Chipaya de Carangas*, en *Journal de la Société des Américanistes (nouvelle série)*, XXVII, 325-385, París, 1935.

<sup>3</sup> ARTHUR POSNANSKY, *Antropología y sociología de las razas interandinas y de las regiones adyacentes*, 39-56, La Paz, 1937.

<sup>4</sup> ARTHUR POSNANSKY, *Los Urus o Uchumi*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, I, 246, Buenos Aires, 1934; reproducido en POSNANSKY, *Antropología y sociología*, cit., 68.

talento de observación de Ambrosetti recogió muestras claras de tales manifestaciones <sup>1</sup>. Todo ello ha permitido decir a un escritor nuestro de primera fila, que conoce y siente bien el interior del país, donde nació, que en esos Valles la religión importada « tuvo que convivir con ritos idolátricos que pueblos pertinaces se negaron a abandonar totalmente » <sup>2</sup>.

## XII

### DETERMINACIÓN DE LUGAR

El criterio de autenticidad no es suficiente. A él debe agregarse el de las determinaciones de lugar y de tiempo, aunque este último — como hace notar adecuadamente Graebner — sea menos importante, dado que es, en su mayoría, superficial, vale decir, moderno <sup>3</sup>. Un buen ejemplo de estudio cronológico de determinación de antigüedad, es el practicado por Max Uhle en Pachacamac, donde señaló la existencia de varios estadios culturales superpuestos <sup>4</sup>.

La determinación de lugar deberá verificarse contemplando los mismos recaudos que para el descubrimiento de la autenticidad: materia, técnica y, principalmente, forma, otorgarán la pauta. La materia — por su amplitud habitual de distribución — no suele procurar, por sí sola, la indicación suficiente. Si el dicho de Boman, de que todas las hachas planas del noroeste argentino provenían del material obtenido en un solo yacimiento <sup>5</sup>, fuera cierto,

<sup>1</sup> JUAN B. AMBROSETTI, *Costumbres y supersticiones en los Valles Calchaquíes. Contribución al estudio del folk-lore calchaquí*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XLI, 43-45, Buenos Aires, 1896; JUAN B. AMBROSETTI, *Supersticiones y leyendas*, 145-155, Buenos Aires, 1917.

<sup>2</sup> RICARDO ROJAS, *La Literatura argentina: Los gauchescos*, I, 412, Buenos Aires, 1924.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 35.

<sup>4</sup> MAX UHLE, *Pachacamac*, Philadelphia, 1903.

<sup>5</sup> ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, II, 646, París, 1908.

podría haber procurado un bello ejemplo. Desgraciadamente, para el caso, Casanova <sup>1</sup> y yo <sup>2</sup> hemos demostrado que aquella afirmación es absolutamente infundada. Las determinaciones por la sola materia suelen ser muy difíciles, no sólo por la gran área de difusión natural de los productos, cuanto, también, por su posible trueque. Si se recuerdan los hallazgos de valvas de moluscos del Pacífico, en adornos de pueblos situados al este de la Cordillera (diaguitas, araucanos, etc.) se advertirá la imposibilidad de una determinación adecuada, por la sola materia, en la mayoría de los casos <sup>3</sup>. La técnica, en cambio, puede suministrar datos claros. Tal ocurre, de manera particularmente segura, con la cestería progresivamente complicada de los yámana. Quien vea alguno de sus tres tipos de trabajos (*tawě'la*, *uloánastába*, *gaiíchim*) podrá reconocerlos de inmediato y determinar su lugar de origen <sup>4</sup>. Por el contra-

<sup>1</sup> EDUARDO CASANOVA, *Tres ruinas indígenas en la Quebrada de La Cueva*, en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural « Bernardino Rivadavia »*, XXXVII, 272-276, Buenos Aires, 1933.

<sup>2</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El « pucará » del pie de la cuesta de Colanzulí*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 267, Buenos Aires, 1934.

<sup>3</sup> Los hallazgos están hoy bien documentados, aunque, naturalmente, no lo estuvieron en la época heroica de las intuiciones iniciales, en que fueron señalados por vez primera : FRANCISCO P. MORENO, *Exploración arqueológica en la provincia de Catamarca*, en *Revista del Museo de La Plata*, I, 211, La Plata, 1890-1891. Para el caso de los diaguitas puede verse la comunicación que, sobre la base de varios hallazgos de Debenedetti en San Juan y de otro de Schreiter en Tucumán, publicó un conocido malacólogo : M. DOELLO-JURADO, *Algunos moluscos utilizados por los indígenas antiguos en la Argentina*, en *Primera reunión nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales (Tucumán, 1916)*, 433-439, Buenos Aires, 1919. Este mismo autor — aunque ocupándose, sobre todo, de los chaco-santiagueños — en un trabajo presentado a la Semana de Antropología, de 1939, organizada por la Sociedad Argentina de Antropología, ha insistido en la presencia de esas valvas de moluscos, de distintas especies, de procedencia del Pacífico, en manos de indígenas de aquende los Andes : MARTÍN DOELLO-JURADO, *Síntesis malacológica*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, II, 138-142, Buenos Aires, 1940.

<sup>4</sup> SAMUEL KIRKLAND LOTHROP, *The Indians of Tierra del Fuego*, en *Contributions from the Museum of the American Indian, Heye Foundation*, X, 133-139, New York, 1928.

rio, es en el criterio de forma (y, dentro de éste, en la ornamentación y en el estilo) donde se señalarán las normas, no sólo para la determinación de lugar, sino de pureza de cultura. Tanto en el mundo primitivo de las cosas manufacturadas por el hombre (vida material), como en el a veces muy complejo de su vida espiritual, será posible, en muchos casos, « el descubrimiento de partículas extrañas », que a veces disonarán « de manera inorgánica o inarmónica, dentro de un todo estilísticamente armonioso »<sup>1</sup>. Así ocurrirá, por ejemplo, cuando en un pueblo de *habitat* andino, en el cual se encuentran innumerables elementos culturales de la zona andina, se advierte — como lo he encontrado entre los primitivos pobladores de Iruya y Santa Victoria, en la provincia argentina de Salta — el predominio, absolutamente excluyente en muchos casos, de la habitación de piedra de forma elíptica<sup>2</sup>. En caso de que la decoración se presente como « fuera de serie », en un objeto, el criterio de forma y las normas generales del estilo, servirán para una inequívoca determinación. Es lo que ha ocurrido con un nuevo *toki* hallado en Pucón, en las vecindades del lago Villarrica, y recientemente descrito por mí<sup>3</sup>. Claro está que, para lo relativo a la vida espiritual, « será necesaria una medida de conocimiento de forma y de sentimiento de estilo mucho mayor que la necesaria en la determinación de objetos »<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 51.

<sup>2</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *La vivienda aborígen en la Provincia de Salta*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, I, 146, 149-150, Buenos Aires, 1937; MÁRQUEZ MIRANDA, *Cuatro viajes de estudio*, etc., cit., 110, 132, 133, 141, 151-152, 171, 176, 166, etc.

<sup>3</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Los Tokis, A propósito de un nuevo « toki » de la Araucanía*, 17-45.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 51.

### XIII

#### CRÍTICA EXTERNA E INTERNA DE LAS RELACIONES

El concepto de « relaciones », en Graebner, no es meramente sinónimo de fuentes literarias. Por el contrario, adquiere una vastedad mucho mayor, puesto que comprende « todos los datos escritos o verbales sobre el hecho etnológico », es decir, « no sólo el grupo principal de las que tratan de viajes y exploraciones, sino que también los datos aislados que vienen agregados a las colecciones o a los objetos, sin olvidar las tradiciones escritas o verbales de los mismos aborígenes »<sup>1</sup>. De esta manera, desde una fuente literaria de la importancia de Piedrahita, para la civilización chibcha, hasta una simple etiqueta que se pega a una pieza, todo entrará dentro de la categoría de « relaciones ».

Aplicando los principios preconizados por Bernheim para la historia, Graebner establece que « una fuente literaria será tanto más verdadera cuanto más derive de la observación directa »<sup>2</sup>. De ahí la importancia que asumen, por ejemplo, las afirmaciones del padre Cobo respecto al empleo del instrumental agrícola — y especialmente de la *chakitakhlya* — en el antiguo Perú<sup>3</sup>, o las de Garcilaso al explicar el reparto de las tierras y el orden en que se verificaban los cultivos en las diversas partes en que aquella estaba dividida en el Imperio Incásico<sup>4</sup>. Lo mismo ocurrirá, desde luego, con respecto a nuestro país, con la relación de Ramírez para el

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 53.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 55.

<sup>3</sup> BERNABÉ COBO, *Historia del Nuevo Mundo*, libro XIV, capítulo 8, Sevilla, 1890-95. También Garcilaso hace una explicación coincidente: GARCILASO DE LA VEGA, *Historia general del Perú o Comentarios reales de los Incas*, Nueva edición, III, capítulo II, 14, Madrid, 1800.

<sup>4</sup> GARCILASO DE LA VEGA, *Historia general del Perú o Comentarios reales de los Incas*, III, capítulo I, 6-8; capítulo II, 8-12; capítulo III, 17-19.

litoral argentino <sup>1</sup>, o la de Narváez para los habitantes protohistóricos del chaco santiagueño <sup>2</sup>. En ambos casos, la falta de cultura del observador estará suplida por su curiosidad natural y por la fuerza de verdad que fluye de la reproducción exacta y escrupulosa de lo que ha visto.

Si un dato es mencionado sólo por una fuente requerirá otros recaudos para ser admitido como verdad. Fernando Montesinos nos hace dos aserciones singulares: a) que antes del imperio de los Incas florecieron otros grandes reinos; b) que los antiguos peruanos poseían la escritura. Estas afirmaciones granjearon al jesuita una vasta reputación de mentiroso. Los estudios arqueológicos modernos han demostrado la verdad de la primera: todos los reinos preincaicos, entre los cuales se destaca el del Gran Chimú. El recuerdo de ellos había sido tan obscurecido ya, a la época de la llegada de los primeros españoles, por el prestigio y magnificencia de los Incas, que Pedro Pizarro suponía que el Gran Chimú era un ídolo <sup>3</sup>. En cambio, se mantiene generalmente la creencia de un

<sup>1</sup> LUIS RAMÍREZ, *Carta fechada en San Salvador, a 10 de julio de 1526*, en EDUARDO MADERO, *Historia del Puerto de Buenos Aires*, I, apéndice n° 8, 330-352, Buenos Aires, 1892.

<sup>2</sup> PEDRO SOTELO NARVÁEZ, *Relación de las provincias del Tucumán que dió Pedro Sotelo Narváez, vecino de aquellas provincias al muy ilustre Señor Licenciado Cepeda, presidente desta Real Audiencia de La Plata*, en *Relaciones geográficas de Indias, Perú*, II, 143-148, Madrid, 1885.

<sup>3</sup> PEDRO PIZARRO, *Relación del descubrimiento de los reinos del Perú y del gobierno y orden que los naturales tenían, etc.*, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, V, 61, Madrid, 1844. Poca suerte ha tenido este Pizarro en la gesta de la Conquista. Su figura se ve obscurecida no sólo por la del muy ilustre Marqués don Francisco, sino aún por las de Hernando, Gonzalo y de Juan (a quien llamaban *El Bueno*), hermanos de aquél, al extremo de que su nombre no figura en alguna de las obras apologéticas de los Pizarro, escrita en la época, y en la que el elogio del primero cobra acentos épicos: FERNANDO PIZARRO Y ORELLANA, *Varones ilustres del Nvevo Mundo, descubridores, conquistadores, y pacificadores del opvlento, dilatado, y poderoso Imperio de las Indias Occidentales: sus uidas, virtud, valor, hazañas, y claros blasones, etc.*, 127-128, 133-135, Madrid, 1639. Como un dato concordante, respecto de la ignorancia de los primeros conquistadores españoles del Perú acerca de la existencia del otrora floreciente reino del Chimú, recuérdese que Jerez atravesó en

error de Montesinos sobre el punto *b*), a pesar de las modernas interpretaciones (aún generalmente no admitidas por los arqueólogos peruanos) de Larco Hoyle acerca de la escritura con pallares <sup>1</sup> y de Escomel respecto a ideogramas funerarios de valor aritmético <sup>2</sup>. Como ejemplo de aserción única — y falsa — de otro cronista peruano, citemos a Morua que proclama que los palacios incásicos tenían más de veinte puertas <sup>3</sup>. La inexactitud del dicho es notoria, y los restos de aquéllos aun existentes y firmes en el Cuzco lo demuestran acabadamente. Pero no es el caso de formalizarse demasiado contra el buen mercedario que padecía de una singular predilección por el error...

También en las relaciones americanas nos encontramos con el problema de las fuentes literarias derivadas <sup>4</sup>. El concepto moderno del plagio no existía y los autores antiguos eran saqueados por otros más modernos, sin el menor embozo. Por un Garcilaso (que generalmente anuncia lo que ha tomado « a la letra » de los « papeles » de Blas Valera o de otros), cuantos autores nos sumen, al finalizar su crítica, en ese desilusionado estado de ánimo de que

en casi toda su extensión el sud del territorio de aquel extinguido estado sin hacer, en momento alguno, la más leve alusión a su anterior existencia : FRANCISCO DE JEREZ, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla, conquistada por Francisco Pizarro*, en *Biblioteca de autores españoles*, XXVI, 84, Madrid, 1853. Jerez, primer secretario de Pizarro, estaba en óptimas condiciones para reflejar el conocimiento de los hechos del pasado de estas tierras — anteriores al dominio incásico — si ellos hubieran podido llegar hasta los españoles. Su silencio es confirmatorio de la ignorancia de todos respecto a aquel pasado.

<sup>1</sup> RAFAEL LARCO HOYLE, *Los Mochicas*, II, 85-124, Lima, 1939.

<sup>2</sup> EDMUNDO ESCOMEL, *Tejas peruanas precolombinas destinadas a fines aritméticos*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 45-50, Buenos Aires, 1934.

<sup>3</sup> MARTÍN DE MORUA, *Historia del origen y genealogía real de los Reyes Incas del Perú, de sus hechos, costumbres, trajes y maneras de gobierno*, en *Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú*, 2ª serie, IV, 47, Lima, 1922.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 55.

nos habla Baudin en su excelente capítulo sobre las fuentes del antiguo Perú <sup>1</sup>.

Que el autor que tenga una tendencia a lo maravilloso nos dará una concepción fantástica de lo que él ha visto y que sus dichos deben ser pasados por el tamiz crítico <sup>2</sup>, es cosa por demás verdadera. Baste comparar el relato de cómo se fabrica una canoa monoxila entre las poblaciones costeras del Brasil <sup>3</sup>, para observar de qué manera el fantasioso Thevet decora su narración con ceremonias complicadas que ningún otro de los observadores contemporáneos narra <sup>4</sup>.

Las preocupaciones de orden confesional han producido, en esta parte de América, los mismos errores de enfoque que en el resto del mundo. Al « apóstol del Camerón, que hiciera una hoguera con todo un montón de *ídolos* », recordado por Graebner <sup>5</sup>, podemos oponerle, con ventaja, la resolución del Concilio de Lima, que resolvió lo propio con cuanta antigüedad peruana cayó en sus manos. Y en cuanto a los errores derivados de un *parti pris* científico — « cuando un investigador tiene la convicción de que todos los ornamentos están basados sobre una significación figural » <sup>6</sup> — ¿cómo no recordar al empecinamiento de Dieseldorf pretendiendo encontrar en la decoración incisa de la parva cerámica de los primitivos habitantes nómades de las pampas bonaerenses estudiada por mí <sup>7</sup>, o de otros agregados humanos de igual nivel cultural,

<sup>1</sup> BAUDIN, *L'Empire Socialiste des Inka*, cit., 4-5.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 27.

<sup>3</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *La navegación primitiva y las canoas monoxilas (contribución a su estudio)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXX, 60-66, Buenos Aires, 1931.

<sup>4</sup> ANDRÉ THEVET, *Les singularitez de la France Antarctique*, 194, París, 1878.

<sup>5</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 70.

<sup>6</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 70.

<sup>7</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Arqueología de la laguna de Lobos (prov. de Buenos Aires)*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 75-100, Buenos Aires, 1934.

signos numerales que denotarían nociones aritméticas sumamente desarrolladas?...<sup>1</sup>.

Respecto a las precauciones a tomarse, con las fuentes literarias, según « la situación espacial y temporal del autor para con los fenómenos por él relatados »<sup>2</sup>, no hay ejemplo sudamericano más numeroso ni más patente que lo que ocurre con respecto a las fuentes para la historia del Perú. Como lo ha hecho notar acertadamente Baudin<sup>3</sup>, se debe tener en cuenta no sólo la actitud con respecto al español o al indio — Fernando de Santillán o Juan Polo de Undegardo son indigenistas, en tanto que Sarmiento de Gamboa o Juan de Matienzo son hispanófilos — sino las simpatías o parcerías con respecto a Pizarros (Gutiérrez de Santa Clara) o Almagros (Fernández de Palencia), en el frente español, o el partidismo a favor de Huascar (Garcilaso) o Atahualpa (Santa Cruz Pachacutic, Cavello Balboa), en el campo nativo. De nada nos valdrá la lectura minuciosa de la crónica, si no nos percatamos de la encubierta posición política que la preside y que, a menudo, falsea el juicio y nubla el entendimiento para decaecimiento de la verdad y de la justicia. Esta parcialidad ha sido, a veces, muy notoria: la obra de Diego Fernández de Palencia tuvo que ser prohibida por el Consejo de las Indias, como fué condenada — respecto de Méjico — la de Francisco López de Gómara.

Una de las pocas menciones que Graebner formula respecto de cosas americanas — aunque adolece de una generalización excesiva — es perfectamente exacta. Se refiere a la manera de documentos los dichos de las crónicas mediante los hallazgos arqueológicos o etnográficos que, de esta suerte, « determinan esencialmente la medida del crédito que éstas merecen »<sup>4</sup>. Aunque Graebner diga,

<sup>1</sup> Carta personal al autor, fechada en Coban, del 20 de abril de 1935; gestión ante el Museo de La Plata (Exp. letra D, n° 134), año 1939.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 71.

<sup>3</sup> BAUDIN, *L'Empire Socialiste des Inka*, cit., 4-18.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 75.

en general, que « el ejemplo clásico de ello lo constituyen las antigüedades americanas », vamos a colmar este *hiatus*, ejemplificando con dos casos argentinos (que, por cierto, podrían multiplicarse sin dificultad): a) Los dichos de del Techo y de Lozano, respecto de la existencia de danzas entre los antiguos diaguitas (prescindiendo del aspecto de embriaguez y de sacrilegio que el doctoral profesor de teología de Córdoba les imputa), encuentran su ratificación arqueológica en el hallazgo de dos máscaras — la una de piedra, de Fuerte Quemado, y la otra de madera de algarrobo negro (*Prosopis nigra*, Hieron.), de Atajo —, ambas pertenecientes a las colecciones del Museo de La Plata <sup>1</sup>; b) Las narraciones de Rosales respecto a las formas de inhumación de los cadáveres de indígenas australes y, especialmente, de la pintura de los cráneos, ha sido confirmada por los hallazgos de tales piezas óseas en la península de San Blas <sup>2</sup>. Este último ejemplo es valedero, también, como ejemplificación de las relaciones que se complementan, de que Graebner <sup>3</sup> nos habla en otra parte de su trabajo.

El aumento de la utilización en gran escala de los medios mecánicos de reproducción óptica o acústica no impide, de manera absoluta, el error. Vignati, cuyas son algunas de las observaciones anteriores, acaba de anotar las dificultades de reproducción absolutamente fidedigna de grabados rupestres en el área comechingona, debido a errores de paralaje de los lentes de su máquina foto-

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los Diaguitas*, cit., 329, 342, 348; MÁRQUEZ MIRANDA, *Los diaguitas, Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico* (en prensa).

<sup>2</sup> R. LEHMANN-NITSCHÉ, *Un cráneo indígena con pinturas geométricas en rojo y negro, procedente de San Blas (costa atlántica)*, en *Physis*, IX, 122, Buenos Aires, 1928; R. LEHMANN-NITSCHÉ, *Un cráneo patagón con pinturas geométricas en rojo y negro, procedente de San Blas*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXXII, 293-297, Buenos Aires, 1930; MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Cráneos pintados del cementerio de San Blas*, en *Revista del Museo de La Plata*, (nueva serie), I, 35-52, Buenos Aires, 1938.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 80.

gráfica <sup>1</sup>. Y técnicos me informan de la distorsión de los sonidos y de las variaciones de ritmo debidas a una mala impresión fonográfica. Si esto es así, ¿cómo no advertir toda la sagacidad que es necesaria para la interpretación, para la « dulce sollicitación a los textos » de que hablaba Renan ?

## XIV

### INTERPRETACIÓN

Aun cuando, como Graebner señala <sup>2</sup>, para lo que se refiere a la cultura material la interpretación del significado y del uso del instrumental o del vestigio es, por lo general, fácilmente percibible, hay algunos casos en que el error aparece, aun en autores consagrados. Baste recordar a Ambrosetti confundiendo a los cuchillones de madera con boomerangs <sup>3</sup>, o a las discusiones y variaciones de criterios habidas respecto de los cerrojos para llamas, que Vignati acaba de historiar <sup>4</sup>.

Buena ayuda han de prestar, también, en lo que se refiere al pasado americano, las « representaciones figuradas indígenas », de

<sup>1</sup> MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *El arte parietal indígena en Máscaras al norte de la provincia de Córdoba*, en *Notas del Museo de La Plata* (Antropología, n° 14), IV, 270, Buenos Aires, 1939.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 88.

<sup>3</sup> JUAN B. AMBROSETTI, *Antigüedades calchaquíes. Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, LIII, 91-94 y figura 38, Buenos Aires, 1902. Posteriormente Ambrosetti cambió de criterio acerca del empleo de tal instrumento : JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de « La Paya » (Valle Calchaquí, provincia de Salta). Campañas de 1906 y 1907*, en *Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la Sección antropológica*, n° 3, 452-455, Buenos Aires, 1907. Sobre la historia de tal cuestión : MILCÍADES ALEJO VIGNATI, « *Novissima veterum* », *Hallazgos en la puna jujeña*, en *Revista del Museo de La Plata* (nueva serie), sección antropología, I, 68-71. Buenos Aires, 1938.

<sup>4</sup> VIGNATI, « *Novissima veterum* », cit., 73-76.

que Graebner nos habla <sup>1</sup>. Las ingenuas ilustraciones que acompañan a la crónica de Poma de Ayala — que el Instituto de Etnología de París ha puesto en manos de los estudiosos, recientemente <sup>2</sup> — son un venero de elementos de información acerca de vida y costumbres. Otro tanto ocurrirá con los dibujos del escritor obispo de Trujillo, Martínez Compañón, que tuve oportunidad de estudiar en la Biblioteca de Palacio, de Madrid, el día que encuentren quien les edite totalmente <sup>3</sup>. Quizás tanta importancia como estos dos grandes *corpus* gráficos, tienen los grabados de la primera edición de la crónica de Staden puestos al alcance de los estudiosos en edición moderna <sup>4</sup>, que — junto con los de Poma — he utilizado para ilustrar los capítulos pertinentes de un libro de síntesis arqueoetnográfica que

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 94.

<sup>2</sup> FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA, *Nueva Corónica y Buen Gobierno* (Codex péruvien illustré). Reproduction facsimile, en *Travaux et mémoires de l'Institut d'Ethnologie*, XXIII, Paris, 1936.

<sup>3</sup> En efecto, una bella edición de parte de dichos materiales iconográficos ha aparecido recientemente. Sin embargo hay que anotar, en su contra, dos sensibles deficiencias. La una es que sólo se reproduce allí pequeña parte del contenido de los bellos volúmenes, encuadernados en cuero rojo, con las armas reales doradas, en la portada, que manejé tan plácidamente en 1935. La otra es que los dibujos originales son en colores, lo que naturalmente aumenta su interés y su valor documental, en tanto que esta reproducción parcial es, casi totalmente, en blanco y negro: *Trujillo del Perú a fines del siglo XVIII, dibujos y acuarelas que mandó hacer el Obispo D. BALTASAR JAIME MARTINEZ COMPANÓN, edición y prólogo de Jesús Domínguez Bordona*, Madrid, 1936. Naturalmente que, aún con las limitaciones apuntadas, la edición ofrece ya datos interesantes. Es muy de lamentar que la relación o informe que acompañaba a esos dibujos y que — a juzgar por el número de aquellos — debió de ser copiosa e importante se haya perdido. Domínguez Bordona, que ya ha dedicado sus vigiliass de archivero a salvar tanta documentación de primer orden podría coronar esa labor fecunda si le fuera posible hallarla. Celebro la oportunidad de esta larga nota ampliatoria que me permite, de paso, salvar alguna errata, escapada en mi prólogo a la edición española del libro de Graebner, antes de incurrir en el enojo de algún crítico en ciernes...

<sup>4</sup> HANS STADEN DE HOLBERG, *Ein deutscher Landsknecht in der Neuen Welt*, Leipzig, 1929. La primera edición fué impresa en Marburgo en 1557.

que aparecerá casi al mismo tiempo que estas páginas <sup>1</sup>. Buen aporte ha de dar, también, el relevamiento minucioso de las huellas del arte parietal indígena. Petroglifos y pictografías, algunas con caracteres de verdadera composición, como las del célebre abrigo del Pucará de la Rinconada, descritas por Boman <sup>2</sup>, son documentos preciosos para el conocimiento del peinado, del vestido, del armamento, de los animales domésticos, etc., de aquellos pueblos desaparecidos. En este sentido es loable la tendencia de los arqueólogos actuales a recoger minuciosamente tales elementos, aun cuando el carácter borroso (por oxidación o descascaramiento de muchas superficies rocosas) y el entreveramiento y superposición habitual de los dibujos realizados en superficies reducidas, haga, a veces, muy difícil, sino imposible, su interpretación.

Como expresa Graebner: « El grado sumo de mutua facultad interpretativa de varios datos, es solamente alcanzado cuando pertenecen espacial y temporalmente a la misma unidad de cultura » <sup>3</sup>. De ahí que, inversamente: « Cuando los datos puestos en paralelo se hallan separados espacial y temporalmente, la medida de la comparabilidad estriba en la posibilidad de poder demostrar la conexión cultural, al menos en lo que respecta a la categoría de fenómenos culturales a los que pertenecen los datos respectivos » <sup>4</sup>. Por eso, todo el sistema interpretativo de los hermanos Wagner, que postulan antiquísimas e improbadas relaciones entre su supuesta « civilización » chaco-santiagueña y su no menos hipotético « Imperio de las llanuras », con las civilizaciones pre-helenicas o con el primitivo Egipto <sup>5</sup>, fallan por su base ante la imposibilidad de demostrar su conexión cultural.

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, 115-200 y 265-332.

<sup>2</sup> BOMAN, *Antiquités de la région andine*, etc., cit., II, 665-674.

<sup>3</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 97.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 98.

<sup>5</sup> EMILIO R. WAGNER y DUNCAN L. WAGNER, *La Civilización Chaco-Santiagueña*, Buenos Aires, 1932; EMILIO R. WAGNER y DUNCAN L. WAGNER, *La civilización*

La circunstancia de la rareza de que « bienes culturales desaparecidos supervivan en las artes plásticas en forma de temas estilizados u ornamentales »<sup>1</sup>, hace que tengamos que mantener una actitud totalmente prudente frente al posible hallazgo del conocimiento del *boomerang* entre los diaguitas, posibilidad sólo basada en un documento único (circunstancia que ya, de suyo, aconseja prudencia) y harto dubitativo en si mismo: el famoso vaso de los Barreales, de la Colección Muniz Barreto<sup>2</sup>, en el cual aparece un personaje antropomorfo ostentando dicha arma (que, según otras opiniones, serían un cetro o insignia de mando). Una circunstancia adicional, en contra de aquella interpretación, sería el silencio reiterado y unánime de la crónica en cuanto al empleo del *boomerang*, frente a las alusiones constantes al empleo del arco y de la flecha y a la capacidad bélica de aquellos combativos flecheros. Tratándose de un arma y poseyendo, como poseemos, tantas constancias documentales referentes a la guerra<sup>3</sup>, el silencio resultaría casi incomprensible. Claro está que bastaría el hallazgo de un solo *boomerang* en el área diaguita, para que este silencio perdiera su importancia. Pero este hallazgo está por hacerse todavía...

Algo diferente podría decirse de lo que ocurre entre los propios diaguitas con otra arma, la lanzadera o tiradera, cuyo silenciamiento reiterado igualmente por los cronistas está enervado por la existencia de dos representaciones figuradas en piezas de los Barreales<sup>4</sup> (una de ellos, en el mismo vaso que anteriormente nos

*Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con las del Viejo Mundo*, Buenos Aires, 1935. En respuesta, véase la opinión unánime de los especialistas argentinos — entre las cuales la del autor del presente estudio —, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, II, Buenos Aires, 1940.

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 115.

<sup>2</sup> SALVADOR DEBENEDETTI, *L'ancienne civilisation des Barreales du nord-ouest argentin*, en *Ars Americana*, II, 22, Paris, 1931.

<sup>3</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Los diaguitas. Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico* (en prensa).

<sup>4</sup> DEBENEDETTI, *L'ancienne civilisation des Barreales, etc.. cit.*, 22.

ocupaba), y puesto que — a diferencia del caso anterior — han sido logrados, y descriptos, diversos hallazgos ratificadores <sup>1</sup>.

## XV

### LAS ÁREAS DE CULTURA Y LAS ACULTURACIONES

El problema etnográfico de las revelaciones interculturales de los pueblos primitivos ofrece ejemplificaciones numerosas en América del Sud. Éstas pueden ser de diferentes caracteres. Por ejemplo, aculturaciones como las que típicamente producen los pueblos de cultura superior cuando toman contacto con sus vecinos menos cultos. Todos los grupos etnográficos diferentes que componen el noroeste argentino, por ejemplo — atacamas, omaguacas, diaguitas, chaco-santiagueños —, ofrecen el claro espectáculo de diversos préstamos culturales, tomados de la cultura incásica y que inciden sobre aspectos sumamente importantes de su vida, ya espiritual ya material. Desde la religión solar hasta el empleo de los metales, pasando, para los diaguitas, por la imitación perfecta del tipo aríbalo en la cerámica, esas aculturaciones han sido tan numerosas y compactas que han llevado a algunos autores a postular la existencia de un vasallaje o sometimiento en lo político que ninguna otra prueba corrobora. De ahí, pues, las vacilaciones de los arqueólogos frente al problema : para Serrano <sup>2</sup>, por ejemplo, no habría duda de que los incas habían incorporado estos territorios a su Imperio, en tanto que Vignati <sup>3</sup> lo rechaza, entre burlón e indignado.

<sup>1</sup> MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *El uso del propulsor en el noroeste argentino*, en *Notas del Museo de La Plata* (Antropología, n° 3), I, 349-358, Buenos Aires, 1936.

<sup>2</sup> ANTONIO SERRANO, *La influencia incaica en la región diaguita*, en *Senda*, n° 20, Córdoba, 1935. También postula lo mismo Levillier, aunque más desde el punto de vista de las fuentes que del de la arqueología : ROBERTO LEVILLIER, *El Perú y el Tucumán en los tiempos prehispánicos*, *Ensayo sobre las afinidades de sus culturas primitivas*, Lima, 1926.

<sup>3</sup> MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Los elementos étnicos del noroeste argentino*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I, 140-141, Buenos Aires, 1931 ; VIGNATI, « *Novissima veterum* », cit., 89 y nota 1.

Este problema de las aculturaciones se acentúa entre los pueblos migradores. Los tupí-guaraní, que lo eran por razones sobre todo religiosas <sup>1</sup>, *guaranizaron* a considerable número de pueblos vecinos, tal como lo prueban las confrontaciones de elementos culturales propuestas por Métraux <sup>2</sup>. Otro tanto ocurrió con otros migradores, esta vez por motivos económicos, los araucanos: la adquisición del caballo, que modificó profundamente todo el conjunto de sus usos y costumbres (hasta llevarles a abandonar sus armas tradicionales, el arco y la flecha, para reemplazarlas por la bola arrojadiza y las boleadoras), les ayudó a intensificar sus migraciones sobre las planicies occidentales de la Pampa y de la provincia de Buenos Aires, *araucanizando* a pampas y patagones, hasta alcanzar a formar aculturaciones tan firmes y tan intrincadas que el etnógrafo no consigue llegar a desatar <sup>3</sup>. Para colmo de males, la predicación evangelizadora, en épocas relativamente modernas, al emplear, por boca de los misioneros — particularmente jesuítas — la lengua quichua o el guaraní o aún el propio araucano, para el logro de esta penetración pacífica, reafirmaron y robustecieron las primitivas aculturaciones con una ratificación lingüística, toponímica y, por vía del lenguaje, etnográfica, cuyo verdadero y legítimo alcance no podemos, en todos los casos, hoy discriminar <sup>4</sup>.

La tendencia a tomar en cuenta estos complejos etnográficos para tratar de separar netamente sus elementos componentes, se nota en la actualidad entre los estudiosos argentinos, algunos de los cuales se basan, precisamente, en el método histórico-cultural. A veces este proceso de diferenciación se lleva hasta extremos realmente un poco excesivos. Así se busca hoy — tentativa en la que no estoy de acuerdo — de tratar de considerar a los diaguitas no

<sup>1</sup> ALFRED MÉTRAUX, *Les migrations historiques des Tupi-guaraní*, en *Journal de la Société des Américanistes* (nouvelle série), XIX, 1-45, París, 1927.

<sup>2</sup> ALFRED MÉTRAUX, *La civilisation matérielle des tribus tupi-guaraní*, París, 1928.

<sup>3</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, 350, 362-363.

<sup>4</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, 192-194 y 270-271.

como una « nación » homogénea sino, por el contrario, como un conjunto mal definido de, al menos, tres grupos culturales diferentes, que han tenido entre sí aculturaciones frecuentes. Esta tesis, anunciada ya esquemáticamente por Palavecino en 1932 <sup>1</sup>, ha ido ganando terreno últimamente. Sin embargo, y dentro de lo que hoy sabemos de los diaguitas <sup>2</sup>, me parece prematura tan extrema diferenciación y, aunque reconociendo naturalmente la presencia de diferencias culturales, a veces muy marcadas, entre las tres subzonas culturales, considero que constituyen, sin embargo, un todo etnográfico indisoluble, una « nación », tal como lo entendieron los que — como el jesuíta del Techo <sup>3</sup> o el grupo de los primeros que entraron en esa antigua *Provincia* con Rojas o Pérez de Xurita <sup>4</sup> —, les vieron en el apogeo de su indómita fiereza.

Sea como sea, cuando leemos en Graebner que « Por los procesos de las comunicaciones y, en un amplio sentido, de la aculturación, son constantemente niveladas y borradas las antiguas situaciones, delimitaciones y contrastes cuya demostración es una de las faenas primeras de toda investigación etnológica » <sup>5</sup>, se presenta espontáneamente a nuestro recuerdo el cuadro de la etnografía del Brasil, con la marcha cambiante y continua de sus conglomerados nómades : tupi-guaraní, ges, arawaks, caribes, han ocupado una y otra vez territorios comunes y este entrecruzamiento en el orden puramente geográfico no se ha producido sin crear proble-

<sup>1</sup> ENRIQUE PALAVECINO, *Areas culturales del territorio argentino*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, I, 231, Buenos Aires, 1934.

<sup>2</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*. MÁRQUEZ MIRANDA, *Los diaguitas, Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico* (en prensa).

<sup>3</sup> NICOLÁS DEL TECHO, *Historia Provinciae Paraguariae Societatis Jesu*, III, Leodii, 1673.

<sup>4</sup> ROBERTO LEVILLIER, *Gobernación del Tucumán, Correspondencia de los Cabildos del siglo XVI*, en *Colección de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino*, 117-126, Madrid, 1918.

<sup>5</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 195.

mas de contacto. Por ello, el Brasil es hoy, en Sud América, el campo ideal para el estudio de las diferentes formas de aculturación.

Graebner escribe poco después : « Cuando en el transcurso de la historia de la cultura, una cultura se propaga y desborda por áreas de cultura originariamente distintas... casi nunca desplaza completamente a las viejas culturas ; ni siquiera la superposición es total, por regla común, no siéndolo sobre todo en el sentido de que todos los elementos de la nueva cultura aparezcan en todas las partes de la zona de dispersión <sup>1</sup> ». Nuestro autor cita, para el caso, ejemplos de la antigüedad clásica, a los que puede agregarse, con toda propiedad, el de la cultura andina en su avance sobre el noroeste argentino, en donde señala, más o menos fuerte y uniformemente, su huella, en elementos tan diversos como, por ejemplo, la agricultura en andenes, la domesticidad de la llama y del perro, las casas de piedra de tipo cuadrado, el empleo del *kquero*, del aríbalo y del platito con asa zoomorfa, el uso de los metales, los instrumentos musicales — y, especialmente, la flauta de Pan —, la religión solar, la agrupación en pueblos, etc., conservándose, sin embargo, como *substractum*, elementos culturales que corresponden a las primitivas formas del vivir autóctono.

El empleo de la cartografía, que él postula como necesaria para el esclarecimiento del área de difusión de los elementos culturales <sup>2</sup>, ha sido realizado magistralmente, para Sud América, por Nordenskiöld, en sus estudios de arqueología comparada <sup>3</sup> y, luego de él, por sus discípulos de la escuela de Göteborg y otros estudiosos <sup>4</sup>, habiendo llegado recientemente hasta a obras de síntesis de alguna

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 201.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 201, nota 16.

<sup>3</sup> ERLAND NORDENSKIÖLD, *Comparative ethnographical studies*, Göteborg-London, 1919-1931.

<sup>4</sup> Métraux, Linné (en los trabajos mencionados aquí mismo) y una pléyade de los más modernos etnógrafos utilizan constantemente el procedimiento.

envergadura <sup>1</sup>. Y en cuanto al caso, que también señala <sup>2</sup>, de círculos culturales de una extensión discontinua con zonas intermedias de atenuación y aun de carencia absoluta de los elementos característicos, ningún ejemplo será más típico de su existencia en América del Sud, que el del área de difusión de la cultura chibcha, en su expansión oriental, hasta Marajó, a través del *hiatus* venezolano <sup>3</sup>.

La determinación del número de veces en que es necesario hallar un elemento o forma particular, para juzgarle como suficientemente probatorio de su existencia real en un territorio también determinado, es variable y depende, como lo asegura bien Graebner, de « un cierto tacto personal » <sup>4</sup>. Así, con sólo tres casos documentados — por ejemplo — he podido establecer que el área de difusión de la decoración batracomorfa, que antes se creía exclusivamente diaguita, alcanza en su extensión septentrional, hasta la Quebrada de Humahuaca <sup>5</sup>.

De la misma manera, la observación de que los restos de las antiguas culturas se encuentren arrinconados en regiones extremas y apartadas y en comarcas de escaso valor económico <sup>6</sup>, encuentra su ratificación sudamericana en lo que ocurre con los fueguinos, pueblos que — según los estudios de Imbelloni <sup>7</sup> — han debido ocupar antes regiones mucho más extensas y abundosas que su limitadísimo y pobre territorio actual.

Que « la investigación de detalle enlaza a veces áreas separadas

<sup>1</sup> LUIS PERICOT, *La América Indígena*, I, Barcelona, 1936.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 204.

<sup>3</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, 36-41 y 318-320.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 210.

<sup>5</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Ampliación del área de dispersión de la cerámica con decoración batracomorfa en el noroeste argentino*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 281-285, Buenos Aires, 1934.

<sup>6</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 215.

<sup>7</sup> JOSÉ IMBELLONI, *Culturas indígenas de la Tierra del Fuego*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 651-652, Buenos Aires, 1936.

y disuelve formaciones complejas »<sup>1</sup>, es cosa que no ofrece dudas a los estudiosos americanos de las « ciencias del hombre ». Para el primer caso, tenemos la relación que el estudio del detalle del peinado — ratificado luego por el de la cerámica, el de la forma del cráneo y de la talla individual, etc., — me ha permitido realizar entre los primitivos hopi de Arizona y los diaguitas del noroeste argentino<sup>2</sup>. Para el segundo, recuérdese cómo el estudio de detalle de la pseudo « civilización calchaquí », de Ambrosetti, ha autorizado a señalar la existencia de varios conglomerados culturales diversos dentro del ámbito geográfico que aquél les asignaba<sup>3</sup>. El caso primero es uno en el que « la antropología, como ciencia auxiliar de la etnología, puede ejercer su acción principal »<sup>4</sup>, aunque no sepamos, en realidad, cómo ni en qué momento se realizó la migración étnica que sería su obligado corolario. En cambio, tenemos en los chiriguanos de Bolivia, rama guaraní injertada en el tronco andino, una prueba de migración documentada por el parentesco lingüístico.

Los testimonios lingüísticos ofrecen, sin embargo, un matiz especial, en ciertos casos, en Sud América. Graebner postula que « no tenemos ejemplos de transmisiones de un idioma a grandes distancias, sin una cierta intensidad de acción personal del pueblo portador del idioma »<sup>5</sup>. Esta afirmación — si bien exacta en términos generales — no tiene en nuestros territorios, sin embargo, esa rigurosidad inexorable. Por el contrario, por obra de los misio-

<sup>1</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 218.

<sup>2</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El peinado diaguita* (aparecerá en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*).

<sup>3</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Breve inventario de las culturas del noroeste argentino*, en *Conferencias de intercambio universitario, Publicaciones de la Universidad Nacional de La Plata*, XXI, n° 9, sección II (entrega cuarta), 12-13, La Plata, 1937.

<sup>4</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 246.

<sup>5</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 246.

neros católicos, particularmente jesuítas, que evangelizaron a los naturales, ha habido, en épocas de la Conquista, una « guaranización », « araucanización » y « quichuización » idiomáticas y artificiales. En efecto, como queda antes dicho, aquellos sacerdotes, en su afán de comunicarse con los indígenas de los nuevos territorios en que iban entrando, para incorporarlos a la grey católica, no vacilaron en emplear estos idiomas para la prédica, como los más afines a los nuevos grupos indígenas. El nombre de *lingua general*, que dieron al guaraní, al araucano y al quichua, es la mejor demostración del papel que jugaron estas lenguas en la penetración espiritual y en la evangelización de Sud América <sup>1</sup>. Quien tomara como base, para el establecimiento del área de difusión de estos grandes etnos, el elemento idiomático, podría incurrir, por lo tanto, en grandes errores, agravados, sin duda, por el hecho de que los tres han tenido desplazamientos motivados principalmente por el afán de conquista y de dominación política, por la apetencia de regiones más productivas económicamente, y por la búsqueda religiosa de un verdadero paraíso terrenal, respectivamente. Por desgracia, estos movimientos culturales, estas migraciones, « podrán ser sólo fijados a grandes rasgos y no en sus verdaderos detalles » <sup>2</sup>, a tal extremo que aun hoy la opinión de los investigadores está dividida, según se ha visto, en cuanto al área de expansión política de los incas; la « araucanización » de pampas <sup>3</sup> y patagones <sup>4</sup> ha producido un galimatías etnográfico de lo más intrincado por el número y superposición de las aculturaciones <sup>5</sup>; con respecto a los guaraníes, dada la forzosa imprecisión a que es necesario que nos resignemos, es difícil que pueda mejorarse mucho el ex-

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, 192-193, 270-271.

<sup>2</sup> GRAEBNER, *Metodología etnológica* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 249.

<sup>3</sup> MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Las culturas indígenas de La Pampa*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 549-551, Buenos Aires, 1936.

<sup>4</sup> MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Las culturas indígenas de Patagonia*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 591-645, Buenos Aires, 1936.

<sup>5</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur*, 362-363.

tenso y cuidadoso cuadro que de sus migraciones ha trazado Métraux <sup>1</sup>.

Por esto, es quizás América del Sud el único territorio en el cual la etnografía presenta el espectáculo inusitado de una extensión de áreas de difusión de las hablas indígenas propugnada y realizada artificialmente por los conquistadores blancos y ello implica, naturalmente, la alteración del cuadro de las zonas legítimamente primitivas. Toda clasificación lingüística o etnográfica tiene que recordar esta circunstancia particular.

Olvidarla equivaldría a admitir como antiguas, zonas que han sido creadas posteriormente a la conquista. Baste recordar que una de las resoluciones del Concilio limeño de 1583 fué la de autorizar la predicación en lengua quichua. Con esta arma de penetración evangelizadora se operó la conversión, siendo los jesuitas sus más ardorosos ejecutores. De igual manera operaron con el guaraní, al crear las Misiones, sirviéndole, en este caso, no sólo para ponerse más en contacto con el indígena, sino también como procedimiento ideal para mantener a los nativos fuera de toda fiscalización española y de toda penetración portuguesa; cosas que se demuestran, típicamente, en la famosa *guerra guaranítica*, de mediados del siglo XVIII.

## XVI

### PALABRAS FINALES

Estas referencias americanas — aunque mutiladas, por razones de espacio, en las citas bibliográficas que las prueban —, son ya indicio cierto de que las afirmaciones metodológicas del autor hallan asidero en la realidad del Nuevo Mundo. Ha sido mi empeño no sólo obtener esa probanza, sino poner al alcance del lector aquello que Graebner no le dijera, ya por desconocerlo, ya por esas razones de probidad mental que le inclinaban, inexcusablemente, a hablar de lo que conocía con profundidad poco común. Que este

<sup>1</sup> MÉTRAUX, *Migrations historiques des Tupi-Guarani*, 1-45.

deseo de completar, con el enfoque del fenómeno americano, obra ya de por sí tan preciosa, obtenga del estudioso lector disculpa a la longitud, que de otra suerte pudiera parecer abusiva, de este trabajo.

No deseo terminarlo, sin embargo, sin dejar pública constancia de mi agradecimiento al mayor del Ejército Argentino, don Carlos Sporleder, que tuvo la deferencia de traducirme el prólogo del doctor Foy a la edición alemana del libro de Graebner; al señor don Federico Schwab, que puso en mis manos su traducción manuscrita, inédita, de una de las obras del padre Schmidt, que se hallará varias veces utilizada y citada en el texto; y a mi ex-discípulo el doctor Carlos E. Barraza que efectuó, especialmente para mi uso, la traducción de los otros estudios de Schmidt y de Koppers aquí mencionados. Gracias a la desinteresada cooperación de todos ellos, este trabajo, con el conocimiento y valorización de esas fuentes que me ha permitido, ha logrado mayor relieve y madurez.

---

NOTAS DEL MUSEO, tomo VI: Buenos Aires, 28 de agosto de 1941

---

